Angeles López de Ayala

DE TAL SIEMBRA
TAL COSECHA

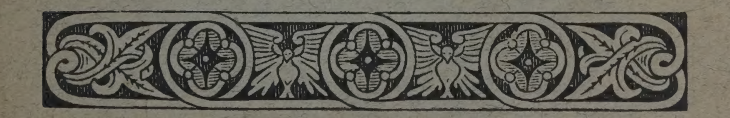
COMEDIA ORIGINAL EN TRES ACTOS Y EN VERSO

Estrenada con brillante éxito
en la noche del 14 de Mayo de 1899 en el Teatro del Circo
Barcelonés



BARCELONA—1899

Imprenta de Henrich y Comp.ª, en comandita
Calle de Córcega



DE TAL SIEMBRA TAL COSECHA

A mi tío y amigo

Sor. Pigrau,

La autora

Barcelona Noviembre 28, 1899

Angeles López de Ayala

DE TAL SIEMBRA
TAL COSECHA

COMEDIA ORIGINAL EN TRES ACTOS
Y EN VERSO

Estrenada
con brillante éxito en la noche del 14 de Mayo de 1899
en el Teatro del Circo Barcelonés



BARCELONA—1899

Imprenta de Henrich y Comp.ª, en comandita
Calle de Córcega

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
D.ª DOLORES	SRA. VILLALBA.
D. ANTONIO	SR. TRESSOLS.
ROSA (hija de D. Antonio y de doña Dolores)	SRA. FERRER.
CARLOS (primo de Rosa)	SR. VAQUÉ.
PLÁCIDA (viuda joven, prima de Rosa)	SRTA. DAROQUI.
JULIO (novio de Rosa)	SR. CASALS.

La escena del primer acto, en Sevilla.
Las del segundo y tercero, en Madrid.

Época presente

Por derecha é izquierda, las del actor.

ACTO PRIMERO

Sala decentemente amueblada. Dos puertas laterales y una al foro. A la derecha, una cónsola con reloj, sin fanal, candelabros. En el centro, una camilla cuadrada y sobre ella un quinqué y una baraja.

ESCENA PRIMERA

TODOS LOS PERSONAJES

Están sentados á la camilla. D. Antonio, teniendo á su derecha á D.ª Dolores, en el lado del foro; Rosa y Julio en el de la izquierda. Plácida y Carlos en el de la derecha, pero de suerte que Julio y Carlos ocupen los extremos inmediatos al público.

D. Ant. Alrededor de un brasero (Barajando)
y entre personas queridas
no hay noches más distraídas
que las del helado Enero.
La prueba se puede hallar
en nosotros: aquí, en calma,
sentimos que goza el alma
de plácido bienestar;
jugando á la treinta y una
hora tras hora pasamos,
y ni á nadie importunamos,
ni nadie nos importuna.
La creciente animación,
la lucha siempre amigable,
hacen aún más agradable
nuestra modesta reunión.
No hay pérdidas de importancia
que turben nuestro sosiego,
ni roba el placer del juego
el afán de la ganancia;

Que el que peor ha salido
al final de la partida,
á los restantes convida
y negocio concluído.

JULIO. Dice muy bien don Antonio;
jugando nos distraemos;
y la paz que aquí tenemos
es la que tiene el...

CARLOS. ¡Demonio! (Vivamente)

D. ANT. ¿Qué es lo que dices? (A Carlos con sorpresa)

CARLOS. Son gritos
que me hace dar el dolor.

D. ANT. ¿Estás malo?

CARLOS. No, señor,
¡pero estos nervios malditos...!

D. ANT. ¿Te molestan demasiado? (Con interés)

D.ª DOL. ¿Te sientes mal?

CARLOS. No es gran cosa.

JULIO. Estoy loco por ti, Rosa. (Aparte á Rosa)

CARLOS. ¡Ay! (Notándolo y con dolor)

D.ª DOL. ¿Qué?

CARLOS. Nada, ya ha pasado.

D. ANT. Pues volviendo á lo anterior:
en tertulia tan unida,
el mal no tiene cabida,
y sólo existe un...

CARLOS. ¡Traidor! (A Julio con ira observando que aproxima disimuladamente su silla á la de Rosa. Julio, que hablará con Rosa, se vuelve rápidamente hacia Carlos; éste mira con severidad, Rosa manifiesta inquietud, y los demás personajes sorpresa. Don Antonio exclama:)

D. ANT. ¿Estás loco? ¿Aquí traidores?
¿Quiénes son? ¿De quién recelas?

CARLOS. Hablaba á un dolor de muelas.
(Esforzándose por sonreir)

D. ANT. ¡Já, já, já!

JULIO. ¡Vanos temores!
(Tranquilizándose y aparte á Rosa)
(Breve pausa, para dar expansión á las risas: tras ellas Julio dice aparte á Rosa:)

JULIO. ¿Me amas, Rosa?

ROSA. Con delirio;

eres mi dicha, mi sueño. (Apasionadamente)

JULIO. ¿Vendré? (Con intención)

ROSA. No. ¡Siempre ese empeño!
(Con firmeza)

JULIO. No me amas... (Con tristeza)

ROSA. ¡Qué martirio!
(Con desesperación)

D. ANT. Pero, Carlos, ¿desde cuándo
te aqueja tal padecer?

D.ª DOL. Es antiguo á mi entender. (Con recelo)

CARLOS. Por eso se va agravando.
Y es de tendencia tan loca,
que da impaciencia, y da calma:
que pone el llanto en el alma
y la sonrisa en la boca.

D.ª DOL. ¡Dolencia más singular!

D. ANT. Es nerviosa.

CARLOS. Sí, nerviosa...
pero, á veces, dolorosa
hasta hacerme delirar.

D. ANT. Consúltala prontamente
con un médico, sobrino;
y en tanto, no estés mohino,
á jugar y á ser valiente.

JULIO. ¡A jugar! (Con alegría)

CARLOS. A jugar, sí. (Con desdén)

D. ANT. Para que salgas perdiendo. (A Carlos)

CARLOS. Puede ser; mas estoy viendo
que es usted quien pierde aquí.
(Con amargura. notando que Julio aproxima más su silla á la de Rosa)

JULIO. Alguno habrá de perder.
(Mirándole provocativamente)

CARLOS. No quien debe, de seguro.
(Sosteniendo su mirada)

PLAC. ¡Qué miseria! ¡Por un duro!

CARLOS. Y muy duro que ha de ser.

ROSA. ¿Se termina la cuestión?

CARLOS. Si quieres tú, acabará. (Con intención)

JULIO. No está en ella. (Con despecho)

CARLOS. ¿En quién está?

JULIO. En la suerte...
CARLOS. O la razón.
D. ANT. ¿A qué viene esa rencilla? (Festivamente)
Haya calma, caballeros...
¡Si son los más pendencieros
que conozco aquí en Sevilla!
A ver quién sale triunfante.
(Repartiendo cartas)
D.ª DOL. Carta.
D. ANT. ¿Más? (Dándole una)
D.ª DOL. No: me pasé.
PLÁC. A mí, más.
D. ANT. ¿Aun más?
PLÁC. La erré.
D. ANT. ¿Pides? (A Carlos)
CARLOS. No, tengo bastante.
JULIO. Yo pido; más. Treinta y una. (Con alegría)
ROSA. Treinta y una también yo.
(Volviendo sus cartas)
D. ANT. Veintiocho. (Dándose cartas)
ROSA. Se pasó.
(Á D. Antonio, que se da más cartas)
JULIO. Nos protege la fortuna.
(A Carlos indicándole Rosa)
CARLOS. Es deidad muy caprichosa,
y su fe dura un instante.
JULIO. La obligaré á ser constante. (Con altanería)
CARLOS. Lo veremos. (Con firmeza)
(¡Pobre Rosa!) (Aparte)
(Carlos baja la cabeza tristemente, y D.ª Dolores que habrá seguido atentamente su diálogo con Julio, dice aparte:)
D.ª DOL. (¡Qué expresión tan altanera
la de Julio! Está cambiado...
¿Tendrá como me han contado,
sus visos de calavera?)
D. ANT. ¿Qué tienes, hombre?
(A Carlos que continuará con la cabeza baja)
CARLOS. ¿Yo? (Disimulando)
D.ª DOL. Sí.
JULIO. Preciso es que se convenza.
(Aparte á Rosa, indicándole á Carlos)

Se va á morir. (Alto y con ironía)

CARLOS. De vergüenza.
(Alto y mirando sostenidamente á Rosa y Julio)

D. ANT. Y ¿por qué? (Con sorpresa)

CARLOS. Porque... perdí.

D. ANT. ¡Mas si nunca te ha dejado
tan abatido la suerte!

JULIO. Es que el ataque es de muerte.

CARLOS. Es que estoy ya...

JULIO. Derrotado. (Con precipitación)

D. ANT. Si tal importancia da
á la pérdida sufrida,
suspendamos la partida.

CARLOS. Y mañana... Dios dirá. (Aparte y con ira)

D. ANT. Por hoy ha concluído el juego.

JULIO. Si no me esperas, me mato.
(Aparte á Rosa y con resolución)
Pues yo me retiro. (Alto)

ROSA. ¡Ingrato!
(Aparte á Julio y con angustia)

JULIO. ¡Hasta mañana! (Se levanta y saluda en general)
(Aparte á Rosa) Hasta luego. (Sale por el foro)

ESCENA II

DICHOS menos JULIO

CARLOS. Sí, de esta noche no pasa: (Aparte)
ha llegado ya la hora
de que hable al tío. Y ahora
fingiré que voy á casa.
Buenas noches. (Alto)
(Todos le contestan con una indicación de cabeza)

D.ª DOL. Dios te guarde. (Con afabilidad)

D. ANT. ¡Cúidate si estás enfermo!
(Esforzándose por sonreir)

CARLOS. Mejoro cuando me duermo.
(Se dirige al foro y de paso dice aparte á D. Antonio)
Tenemos que hablar más tarde. (Sale)

ESCENA III

ROSA, PLÁCIDA, DOLORES y D. ANTONIO

D.ª Dol. ¿Nos acostamos? (A D. Antonio)
D. Ant. Yo no.
D.ª Dol. Pero...
Rosa. ¿Por qué no acostarse? (Con disgusto)
D. Ant. ¡Ustedes pueden marcharse!
D.ª Dol. Quedaré contigo yo.
(D. Antonio saca una cartera y de ella varios papeles que extiende sobre la camilla, toma un lápiz y hace que escribe)
D.ª Dol. ¿Te ayudo?
D. Ant. En esto no puedes;
son cosas de gravedad.
Rosa. ¡Maldita casualidad! (Aparte)
D. Ant. Niñas, acuéstense ustedes. (Levantando la cabeza y como si reparara repentinamente en Rosa y Plácida)
Rosa. Es preciso estar alerta. (Aparte á Plácida)
D.ª Dol. Me pondré más abrigada. (Aparentando frío)
(Se va por la izquierda)
D. Ant. Porque no sospechen nada. (Aparte)
haré que cierro la puerta. (Sale por el foro)

ESCENA IV

ROSA y PLÁCIDA, después D. ANTONIO

Plác. ¿Qué tienes?
Rosa. ¡Suerte inhumana!
Plác. ¡Habla!
Rosa Julio va á volver
á media noche. ¿Qué hacer?
Plác. ¡Querrá hablar por la ventana!
Rosa. Quiere entrar aquí.
Plác. ¿Qué has dicho?
Pensar eso es delirar.

ROSA. Plácida, se va á matar
si me niego á su capricho.
PLÁC. Mañana será mejor;
esta noche es imposible.
ROSA. Su decisión es terrible
y se matará.
PLÁC. ¡Que horror! (Con burla)
¡Que tan niña hayas de ser!
Cuando su empeño no acatan,
todos los hombres... se matan...
pero de lengua, mujer.
No hay uno que á cualquier yerro
así á su amada no obligue;
y á tanta muerte, no sigue
ni siquiera un solo entierro.
ROSA. Mas nunca debe aplicarse
tal regla á Julio.
PLÁC. ¡Es chistoso!
ROSA. Piensa que es voluntarioso
y no sabe resignarse.
Vehemente en sus impresiones
y exaltado por demás,
si se exaspera, jamás
le calman las reflexiones.
Altivo por excelencia,
cuando pierde una ilusión,
no encuentra más solución
que acabar con su existencia.
PLÁC. Pues mis consejos son vanos,
está bien, Rosa, que venga:
pero que á todo se atenga,
que yo... me lavo las manos.
También viene Carlos...
ROSA. ¿Qué?
¿Te lo ha dicho?
PLÁC. Se lo oí.
ROSA. ¡Dios mío! ¿Los dos aquí?
¿qué va á pasar?
PLÁC. No lo sé.
(Queda meditabunda)

ROSA. Carlos oiría decir
á Julio, que volvería
y algún plan concebiría;
si no: ¿para qué venir?

PLÁC. (¿A cuál favoreceré? (Aparte)
Pues á Julio, ¡claro está!
Rosa su mujer será
y yo en los dos mandaré.)

ROSA. Llegando á verse los dos
todo, todo está ¡perdido!

PLÁC. Un medio se me ha ocurrido.
(Repentinamente)
Dirígese al reloj y finge adelantarlo. D. Antonio entra inmediatamente, después se sienta y vuelve á arreglar sus papeles. Plácida indica disimuladamente á Rosa la puerta de la derecha, y por ella salen ambas, diciendo:)
Buenas noches.

D. ANT. Id con Dios.

ESCENA V

DON ANTONIO

D. ANT. Cierran ya su dormitorio.
(Aproximándose á la derecha y escuchando)
Noche es ésta de aventura, (Paseándose)
pues aunque amores no augura
quizás no falte un Tenorio.
La tal cita es un misterio
porque en verdad no me explico...
ese demonio de chico
es tan callado y tan serio,
que se pierde en conjeturas
el hombre más perspicaz:
antes se mostraba audaz
y dado á las aventuras.
Pero hará un año, á mi ver,
que ha cambiado por completo;
ahora ya, ni es indiscreto
ni atrevido al parecer.

Entonces era festivo
y decidor y agradable;
hoy es casi hasta intratable
sin saber por qué motivo.
Y esta noche parecía
aun más grave y sentencioso:
misterio tan enojoso
por mi gusto, acabaría.
No hubiera contemplación
ni tanta paciencia hubiera
si la chica no tuviera
afán por la reunión.
Pero lo quiere mi Rosa,
y fuera falta de juicio
no hacer algún sacrificio
por hija tan cariñosa.
Así que cedo con gusto,
en esto á su voluntad;
sin contar con que á su edad
el esparcimiento es justo.

ESCENA VI

DICHO y D.ª DOLORES

D.ª Dol. Ahora que todos se han ido
(Sale por la izquierda poniéndose un chal)
explícate sin rodeo;
á juzgar por lo que veo,
algo grave ha sucedido.
D. Ant. Pues ignoro todavía
si el asunto es grave ó no.
Carlos...
D.ª Dol. Habla. (Con interés)
D. Ant. Se marchó
diciendo que volvería.
D.ª Dol. ¿Esta noche?
D. Ant. A no dudar.
D.ª Dol. ¿Qué pretende?

D. Ant. Hablar conmigo.
¿Qué opinas?
D.ª Dol. ¿Y tú?
D. Ant. Yo digo
que el empeño es singular.
D.ª Dol. Quizás más que te figuras; (Se sientan)
pues cuando Carlos da un paso,
de fijo no es al acaso.
D. Ant. Confieso que estoy á oscuras.
D.ª Dol. Me ha parecido entrever
algo extraño en su mirada;
y era su calma afectada...
D. Ant. Mas sin causa al parecer.
D.ª Dol. Yo me fijo más, Antonio;
y he notado con disgusto
que Julio no es de su gusto.
D. Ant. Ya está en campaña el demonio.
Julio es el novio de Rosa,
y formal por lo que veo.
D.ª Dol. Ya sabes que no le creo
capaz de hacerla dichosa...
Aunque decirlo me aflija,
si Carlos la pretendiera,
¡con qué gusto se la diera
por esposa!
D. Ant. Pero, hija,
tu opinión no es de valer,
pues sin fundar las razones,
abrigas mil prevenciones
contra Julio...
D.ª Dol. Soy mujer...
y á mis impulsos atiendo.
D. Ant. No bastan para juzgar.
D.ª Dol. Pero sí para causar
temores que van creciendo.
D. Ant. ¿Creciendo? Vamos, ha habido
algún chisme, ¿no es verdad?
D.ª Dol. Escucha con seriedad
y sabrás lo acontecido.
Esta tarde, una señora,

para mí desconocida,
me pidió ser recibida,
nada más que un cuarto de hora
A su demanda accedí:
y tras haberse excusado
por haberme molestado
empezó á decirme así:
Sé que tiene usté una hija
á la cual Julio pretende;
y aunque á mí no me sorprende
que ella por dueño le elija,
sí me sorprende el saber
que una madre cariñosa,
no haya sido escrupulosa
cuando un hijo iba á escoger.
—Es que Julio es un buen chico,
le dije al punto indignada;
es de familia elevada,
de buena conducta y rico.
Ella, con gran amargura
me replicó:—A esas bondades
une algunas cualidades
que labran su desventura.
Desde su primera edad,
altivo hasta la violencia,
no encontró más complacencia
que imponer su voluntad;
y por colmo de aflicción,
los que le dieron el ser
no supieron contener
su soberbia condición.
¡Ah! Mientras vivió su padre,
nunca se vió contrariado:
y así el hábito ha creado
de hacer cuanto más le cuadre
Su madre sobrevivió,
y corregir quiso el mal;
pero el estrago era tal,
que su intento fracasó.
Muerta ya, de sus tutores

y sus parientes cercanos
los esfuerzos fueron vanos,
más vanos, cuanto mayores.
No tengo más que decirle:
puede si á usted le acomoda,
llevarse á efecto la boda.
Yo he venido á prevenirle
en lance tan espinoso,
cual á mi deber cumplía;
pues, señora, soy su tía
y me será doloroso
verle á otro ser enlazado,
y que ella, en este convenio,
por sólo ignorar su genio
se haga y le haga desgraciado.—
Hasta aquí llegó la dama.
¿Qué opinas?

D. ANT. Pues te confieso
francamente, que yo, en eso
de que tenga mala fama,
no abrigo temor profundo
cual otros abrigarán.
¡Tenemos lo que nos dan
en este pícaro mundo!
A más, yo soltero he visto
no un Judas, sino un demonio,
y la cruz del matrimonio
le ha convertido en un Cristo.
Así, pues, no haya temor;
que el matrimonio le espera,
y es fuente que regenera
al más grande pecador.
Pero, tú...

D.ª DOL. Si no me engaño
Carlos ama á Rosa.

D. ANT. ¡Qué!
¡Presunción!

D.ª DOL. En que acerté.
La adora desde hace un año.

D. ANT. Pues que lo dices en serio,

te voy á desengañar:
¿quién le ha obligado á callar?
D.ª Dol. En eso estriba el misterio.
D. Ant. No me explico, por mi vida,
que haya un año la esté amando:
¿acaso estaba esperando
el verla comprometida?
Diez meses hace, no más,
que Julio la pretendió:
¿por qué no se adelantó?
D.ª Dol. Por cobardía quizás!
D. Ant. Él cobarde!... ¡qué locura!
tiene mucho corazón.
D.ª Dol. También le tiene el león
y teme á la calentura.
D. Ant. Amor tímido no halaga,
y aunque trates de ensalzarlo,
es bueno para soñarlo,
y aun así y todo, empalaga.
D.ª Dol. Hay en el mundo un afecto
que quien no le haya sentido,
jamás habrá comprendido
cuanto encierra de perfecto.
Que aunque en mostrarle se afanen
alza en el pecho su altar,
y se oculta á su pesar
por miedo á que le profanen.
D. Ant. Tanto ocultarse ya es mengua.
D.ª Dol. Reflexiona con más calma:
amor que nace en el alma,
tarda en llegar á la lengua.
(Mirando el reloj con gran extrañeza)
Mas son las tres; ¿qué estoy viendo?
y Carlos aun no ha venido:
algo grave ha sucedido.
D. Ant. Repito que nada entiendo.
Es un misterio ese chico.
D.ª Dol. Cual buen soñador que es.
D. Ant. Nos engañó, ya lo ves.
D.ª Dol. Es un hecho que no explico.

No existe en él tal descaro.
D. Ant. Si está á veces medio loco.
D.ª Dol. Bien, descansemos un poco,
y el tiempo hablará más claro.
(Salen por la izquierda, después que apagan la luz; Rosa, por la derecha, de puntillas se aproxima á la puerta de la izquierda; aparenta escuchar; después enciende la luz, y dice con voz alterada:)

ESCENA VII

ROSA

Ya por fin se han recogido ..
¡Cuál me late el corazón!
Si me parezco á un ladrón,
que tiembla al ser sorprendido.
¡Qué pena es proceder mal!
Va en pecar la penitencia;
bien lo dice una sentencia:
siento una angustia mortal...
Si hubiesen visto que estaba
tras de esa puerta escuchando
y un secreto profanando,
¿qué razón me disculpaba?
¡Ah! si Julio comprendiera
lo que esta cita me aflige..!;
pero no, no se corrige;
lo mismo me la exigiera.
No es ya capricho, es manía:
agoté las reflexiones;
mas cuando hablan las pasiones,
la razón parece fría.
En este empeño constante,
quiere mi triste destino
que me exponga á un desatino,
ó le reciba un instante.
Y hay remedio todavía... (Reflexionando
si no le dejase entrar...
aun me es posible triunfar.

pero no, se mataría.
Después de todo, en mi casa,
y con Plácida á mi lado,
no es lance tan arriesgado,
y aunque es de hiel, pronto pasa.
Le esperaré y que me explique
esta endiablada entrevista;
le haré que en otra no insista,
le haré que se justifique.
(Plácida entra por la derecha con agitación)

ESCENA VIII

ROSA y PLÁCIDA

PLÁC. Carlos se aproxima ya.
ROSA. ¿Qué debo hacer? (Confusa)
PLÁC. Recibirle
y con arte disuadirle
de ver á tus padres...
ROSA. ¡Ah! (Comprendiendo)
¿Y si opone resistencia?
PLÁC. No la opone á mi entender;
para obligarle á ceder
te basta con tu influencia.
ROSA. ¿Y si acaso?...
PLÁC. No hay temor.
ROSA. ¿Pero y si insiste en su intento?
PLÁC. Logra, á veces, un portento
una esperanza de amor. (Intencionadamente)
ROSA. Más tu consejo me abate;
yo... consentir no podría...
PLÁC. Pues entonces, hija mía, (Con despecho)
déjale que te delate.
(Al pronunciar estas palabras, Plácida sale por donde entró. Rosa da muestras de irresolución y angustia)

ESCENA IX

ROSA y CARLOS

CARLOS. Misteriosa es la tal cita.
(Presentándose por la derecha)
Me abren las puertas, penetro,
y en completa oscuridad
me dirijo á este aposento.
¡¡Rosa!!
(Apercibiéndose de la presencia de Rosa y con sorpresa)
ROSA. ¡Carlos! (Con cariñosa reconvención)
CARLOS. ¿Qué sucede? (Confuso)
ROSA. Nada y mucho... (Con tristeza)
CARLOS. No comprendo...
ROSA. ¿A qué vienes á estas horas?
CARLOS. Pues á verte... (Sin inmutarse)
ROSA. Sí, lo creo, (Con naturalidad)
y por eso te esperaba
CARLOS. Basta ya de broma, hablemos (Gravemente)
con formalidad; ¿qué hacías?
ROSA. Antes, me dirás tu objeto.
CARLOS. Y bien, sí; ¿por qué ocultarlo?
Hablar á tus padres pienso. (Con dignidad)
ROSA. Hablarles, ¿y para qué?
(Afectando tranquilidad)
CARLOS. Para salvarte de un riesgo.
ROSA. ¿A mí... salvarme? (Con extrañeza)
CARLOS. A ti, Rosa;
ya es excusado el secreto.
Y pues que llegó el instante
de terminarle, debemos
explicarnos desde ahora,
francamente y sin rodeos.
ROSA. Acaba... (Con temor)
CARLOS. ¡Indigno es de ti (Con solemnidad)
el hombre á quien amas!
ROSA. ¡Cielos! (Asustada)
¡Qué tono, qué gravedad!

Julio es honrado y es bueno;
me jura un amor constante,
y yo, Carlos, yo le quiero...
¿por qué negarlo?

CARLOS. ¡Concluye! (Con despecho)

ROSA. ¡Le amo mucho!

CARLOS. (¡Qué tormento!)
Pues amas á un calavera...

ROSA. No ha dado pruebas de serlo; (Ofendida)
mas aunque las diera...

CARLOS. ¿Qué? (Con amargura)
¿Le amarías?

ROSA. Lo confieso. (Bajando los ojos)

CARLOS. Entonces, ya por tu parte (Despechado)
fracasó mi buen deseo.
Si así tus padres opinan...
todo ha terminado.

ROSA. Pero... (Con temor)

CARLOS. Hablaré á tus padres, Rosa;
(Adivinando la causa del temor de Rosa)
si he de ser justo, no puedo
ser cómplice de un engaño
contra ti, ni contra ellos.
Tú, á mis verídicas frases,
por tu daño no das crédito;
pero juro en mi conciencia
y por Dios que me está oyendo,
que cumplo un deber sagrado,
de pariente y caballero.

ROSA. Pero, Carlos... (Con desesperación)

CARLOS. ¡Basta ya! (Indignado)

ROSA. No basta ya, no; un momento:
(Como si repentinamente hubiese concebido un plan)
preséntame alguna prueba
de esa acusación que has hecho.
Si es un calavera Julio,
será aficionado al juego...
tomará parte en orgías...
ó á mi entender por lo menos
mentirá amores á todas...

ó empleando indignos medios
aumentará sus riquezas...
Habrá, en fin, algunos hechos
que condenen su conducta...

CARLOS. ¡Extraño razonamiento (Con amargura)
que hacemos en tales casos!
Si en marcados atropellos
un hombre, no exhibe culpas,
ya es honrado, ya es sincero,
aunque abrigue un alma innoble
junto á un corazón de cieno!
¡Laguna quiere el humano
que mienta límpido espejo,
de superficie azulada,
aunque el fango esté por dentro!
Rosa... ¿no sabes que existen
seres que juegan serenos
con la dicha de otros seres
sin que se afecten por ello?
¿No sabes tú que hay orgías
en las que ofrece el infierno
por cada plato una honra,
por cada copa un sosiego?
¿No sabes, en fin, que hay
amores de bondad llenos,
y aquella bondad, no obstante,
hace víctimas sin cuento?
¿Y no sabes que hay ladrones,
ladrones de sentimientos,
que por no tenerlos suyos
se apropian de los ajenos?
Si tú meditaras, Rosa ..
Julio, como el bandolero
que entre las sombras oculta
sus criminales intentos,
como la astuta culebra
que se arrastra por los suelos,
no por condición humilde
sino por fines rastreros,
como el infame asesino

que teme ser descubierto,
y á pesar de sus temores
hunde el puñal en un pecho,
así ha llegado á tus plantas...

ROSA. No prosigas, te desmiento:
¡O pruebas, ó rectificas!

CARLOS. ¡Pruebas quieres, pruebas tengo! (Exaltado)
mas no serán para ti:
para tus padres las dejo.
(Va á salir por la izquierda, pero Rosa se le interpone, y variando de entonación le dice suplicante:)

ROSA. ¿Qué piensas hacer? ¡Detente!
Si te ofendí, me arrepiento.
Me consta cuanto me amas
por ese interés... y anhelo...
pagarte cual corresponde...
(Por ti, Julio, estoy mintiendo.)

CARLOS. ¡Ah! ¡qué frases tan hermosas
(En un arrebato de amor)
si brotaran sin esfuerzo!
¿Te es posible asegurarme
que me amarás? ¡Habla presto,
para que el alma abatida
recobre un postrer aliento,
para que el labio enmudezca,
para que se ahoguen los celos,
para que canten los ojos
con su elocuente silencio,
todo un poema de amores...
todo un mundo de contentos!
(Pausa y transición. Después dolorosamente:)
¡Pero, Rosa, tú me engañas!

ROSA. Mira, Carlos, con el tiempo...
(Demostrando sinceridad)
acaso llegará un día...

CARLOS. ¡Ah! Si es así... lo veremos.
(Ocultando sus dudas)

ROSA. Entre tanto... mucha calma. (Con ternura)
Y ahora...

CARLOS. ¿Me voy? (Con intención)

ROSA. (Con zalamería) Te lo ruego.

Ni desmayes ni confíes...

CARLOS. Me iré, sí. (Daré un paseo, (Aparte)
pero volveré á observar...
Adivino en todo esto
algo más que lo aparente;
ella levantada... y luego...
su ansiedad porque me vaya...
¡mal ha mentido; esperemos)
(Sale por la derecha mirando á Rosa con desconfianza, mientras que ella lo verifica con temor)

ESCENA X

ROSA

Pues señor, después de todo,
anhelo que Julio venga;
sí, nos pondremos de acuerdo
en circunstancias tan serias,
y que la opinión de Carlos
con los hechos se desmienta.
Por supuesto, esa opinión
es la venganza indiscreta
de un amor casi soñado
que exige correspondencia.
¡Es original mi primo!
Dejó conocer su idea,
hace un año, por miradas,
por alguna frase suelta;
mas todo con un misterio,
yo no sé... cual si temiera...
y luego viene exponiendo
tantos celos... tantas quejas ..
sin que aun me haya declarado
qué pretende, ni qué piensa.
¡Y afirma con unas ganas
que Julio es un calavera!
Pero yo, que á Julio adoro,
no me llevo de consejas:

que habla Carlos, pues mejor;
no he de ser yo quien lo crea.
Y se marchaba indeciso... (Pausa)
Si volviese... ¡Dios no quiera! (Con inquietud)
Lo que es preciso evitar
es la entrevista que anhela
con mis padres... pues ¿quién dice
que acaso no le creyeran...?
¿Que no hay razones...?: no importa;
siempre el demonio las presta.
Es preciso resolverse
para evitar consecuencias
desagradables, ¿y cómo?
Diré á Julio que no vuelva
hasta que llegue el momento
de enlazarnos: ¡si él quisiera...!
probaría su buen fin
á mis padres, y esta prueba
junto á una vida ejemplar
matara toda sospecha.
Suenan pasos... alguien viene (Escuchando)
(Se aproxima á la izquierda, mira con sigilo y después dice azorada, á la vez que se va precipitadamente por la derecha después de apagar la luz:)
¡Oh Dios! ¡mi madre se acerca!

ESCENA XI

DOÑA DOLORES

Por la izquierda, con una luz en la mano y mirando con ansiedad á todas partes

Sin duda alguna dormía
y con ruïdos soñaba;
¡qué temor me acobardaba!
¡qué verdad me parecía!
(Acercándose á la puerta de la derecha y mirando)
Aun descubierto el engaño,
aunque la calma es completa,
(Avanzando al proscenio)

¡parece que me hallo inquieta
y que de todo me extraño!
Y no es raro que me aflija.
Carlos... la dama de ayer...
todo me obliga á temer
por la suerte de mi hija.
¡Pobres madres! ¡que criemos
hijas de nuestras entrañas,
para que en manos extrañas
al final las entreguemos!
Nos llevan el corazón
y que vivamos no evitan:
flor que las hojas le quitan...
¿para qué quiere el botón?
Tengo aquí en mi pensamiento
que uniéndose á Carlos, Rosa
fuera acaso más dichosa.
¡Pero, señor, qué tormento!
Cuanto el alma me taladre
parece que he de pensar;
¡mas no se suele engañar
el corazón de una madre! (Pausa y transición)
¡Qué manía por sufrir!
Ensueños, miedo, amargura,
y acaso todo locura...
(Formando una resolución)
Debo acostarme y dormir.
(Se va por donde entró llevándose la luz)

ESCENA XII

ROSA

Entrando sigilosamente por donde se fué, y con creciente agitación

Rosa. Pues la noche, está probado,
es un calvario completo;
una y no más, lo prometo
por todo lo más sagrado.
(Encendiendo luz después de observar por la puerta de la izquierda)

ESCENA XIII

ROSA y PLÁCIDA

Por la derecha y con aceleramiento

PLÁC. Julio viene.
ROSA. ¡Qué ansiedad! (Aparte)
Dile que pase. (Alto)
PLÁC. Lo haré.
y en tanto vigilaré;
pero mucha brevedad.
Y cuidado...
ROSA. Me lastima
que de mí abrigues tal duda...
PLÁC. Es, Rosa, que soy viuda,
y que también soy tu prima.
ROSA. Pues no te vayas de aquí:
te lo iba á suplicar...
PLÁC. No, me marcho á vigilar,
pero estoy cerca de ti. (Sale por la derecha)

ESCENA XIV

ROSA y JULIO

Este último entra por la derecha

JULIO. Angel mío, ídolo amado,
(Acercándose á Rosa y con ternura)
al cabo me encuentro aquí...
Mas... ¿por qué tiemblas?
(Notando que Rosa se estremece)
ROSA. Por ti. (Sentenciosa)
JULIO. ¡Inocente! (Riendo)
ROSA. ¡Atolondrado! (Con pena)
(Aproximándose más y tratando de tomarle una mano que ella retira)
JULIO. No amarguen locos temores
nuestra dicha halagadora,

hoy que aparece la aurora
en nuestro cielo de amores.
(En el mismo tono que empleó anteriormente)

ROSA. En vano el cariño intenta
calmar mi justo desvelo;
¡ay! ¡si se nubla ese cielo!
¡ay! ¡si ruge la tormenta!

JULIO. ¡Tranquilízate, alma mía! (Con ternura)
¿Qué mal nos puede venir
si juntos, hasta el morir,
de placer nos serviría?
No te aquejara el temor,
cuando á tu lado suspiro,
si mirases, cual yo miro,
á través de nuestro amor.
Pues las tintas sonrosadas
que da la ilusión primera,
las esparcen por doquiera
dos almas enamoradas.
Y no es amor, que es locura
lo que existe entre los dos!
Rosa, si así no ama á Dios,
tendrá envidia á la criatura.

ROSA. No hay ventura sin enojos.

JULIO. Yo te probaré que sí;
no hay desdicha para mí,
cuando me miro en tus ojos.
Porque es un axioma eterno
cuya ley conozco ya,
que donde la gloria está
no puede estar el infierno.

ROSA. Julio, hablemos en razón,
con menos fuego y más calma.

JULIO. Harto tiempo ahogué en mi alma
el grito de mi pasión. (Con ímpetu)
No me pidas frialdad
ya que á solas te contemplo:
ya que el amor alza un templo
consagrado á la verdad.
A más, que si inmensas moles

de nieve aquí me pusiera, (Pecho)
la nieve se derritiera
con los rayos de tus soles.
Déjame, que sin falsía
te exprese mi amor profundo,
hoy que exigencias del mundo
no ordenan mi hipocresía.
(Tomándole una mano que ella abandona)
Déjame, Rosa, adorar
tus gracias encantadoras,
con la fe con que tú adoras
á la Virgen en su altar,
con la tierna admiración,
con el celestial cariño
con que á recibir va el niño
su primera comunión.

ROSA. No prosiga esa aventura: (Con gravedad)
lograste al cabo tu gusto,
me has visto á solas; ya es justo
que te vayas...

JULIO. ¡Qué locura!
(Con precipitación y firmeza)
¿que yo me vaya de aquí
sin expresarte mi intento,
sin decirte cuanto siento
desde el día en que te vi?
No, Rosa, por caridad
no malogres mi deseo,
tú eres juez... yo soy el reo...
senténciame con piedad.
Óyeme, Rosa...

ROSA. Consiento (Con dignidad)
si Plácida está conmigo.
(Se dirige hacia la derecha. Julio le impide el paso, y dice con despecho:)

JULIO. ¡No quiere el amor testigo!

ROSA. Pues renuncia. (Con firmeza)

JULIO. ¡Qué tormento!
(No me ama cual pensé: (Aparte)
¡Si amará á Carlos... qué idea!

preciso es que no lo crea
de lo contrario, no sé...)
Bien mío, por compasión... (Suplicante)

ROSA. Si no hablamos presto y claro
(Un tanto conmovida)
me marcharé sin reparo.

JULIO. Bien; hablemos...

ROSA. En razón. (Más benévola)

JULIO. Diez meses, Rosa, ya han hecho
que te conocí y te amé,
y que por fortuna hallé
correspondencia en tu pecho.
Diez meses que para mí
breves momentos han sido,
pues sólo tiempo he tenido
para delirar por ti.
Contemplándote amoroso
hora tras hora he pasado,
y me he creído á tu lado
el hombre más venturoso.
Mas... ¡ay! Mi suerte perjura (Con rapidez)
obrando sin compasión
arroja en mi corazón
una gota de amargura.
¡Tengo celos! (Como involuntariamente)

ROSA. ¿Podrá ser?

JULIO. ¿Celos he dicho? No, Rosa,
(Sorprendido como si cayera en lo que ha dicho; arrepentido y temeroso)
quise decir otra cosa...
y dije celos... mujer.
(Con precipitación y amargura)
Son angustias muy extrañas
que mi ser entero siente;
es como si lentamente
me royeran las entrañas.
(Con agitación creciente)
Es una lucha, alma mía,
que hasta explicarla me enoja;
se parece á la congoja

que se tiene en la agonía.
No son celos, que es pesar,
es tristeza y es dolor,
abatimiento y furor,
y un eterno delirar.
Es como si yo guardara
un tesoro y sobre él viera
alguna mano y temiera
que ante mí le arrebatara.
Rosa, Rosa, vida mía, (Con exaltación)
tú eres mi dulce tesoro;
¡te adoro, mi bien, te adoro
con vehemente idolatría!
(Arrodillándose y con acento apasionado y suplicante)
Mírame á tus pies, hermosa,
suplicarte por el cielo
que me otorgues el consuelo
de una frase cariñosa.
No es sacrificio en cuestión,
y puede hacer tanto bien
que á par las gracias te den
tu conciencia y mi pasión.
¿Dejarás que exasperado (Lamentándose)
me entregue á un dolor eterno
ya que siento aquí... ¡el infierno! (Pecho)
que tu esquivez ha creado?
Yo, que feliz me creía
cuando en esta casa entré...;
mas ¿qué digo?; no lo sé;
¡ten compasión, alma mía!

ROSA. Basta; que ya llegó el caso (Con amor)
en que el amor, sin conciencia,
muerte diera á la prudencia
porque le estorbaba el paso.
Basta, que ya el corazón
tu enfermedad ha sentido
y al verse de ella vencido
detesta la reflexión.
Que ni ya el temor le aterra,

ni ya le aterran las faltas;
pues que aun las nubes más altas
caen deshechas á tierra.
¡Julio...! ¡Julio! (Mirándole con fuego)

JULIO. ¡Vida mía! (Con arrebato)
(Pretende atraerla hacia él, y ella obedece; pero apenas da el primer paso, se detiene y dice con firmeza:)
No, que todo fué un delirio
(Se desprende de Julio, y éste le dice suplicante:)
No goces en mi martirio,
no goces en mi agonía.

ROSA. ¡Vete, Julio! (En el mismo tono de súplica)

JULIO. No me iré. (Con resolución)
Antes, mil veces morir.

ROSA. Carlos... pudiera venir. (Angustiada)

JULIO. Si viene, le mataré.

ROSA. ¡Matarle!... no, por piedad! (Exaltada)

JULIO. (Con qué calor le defiende! (Aparte y receloso)
Mi sangre toda se enciende...
¿si habrá en su amor falsedad?)

ROSA. Respeta la situación:
si no por él y por ti,
hazlo siquiera por mí;
prudencia, por compasión.

JULIO. ¡Prudencia! ¿No llegó el caso (Con amarga ironía)
en que el amor sin conciencia,
muerte diera á la prudencia
porque le estorbaba el paso?
(Viendo que Rosa hace un movimiento negativo)
Tú lo has dicho.

ROSA. ¡Y esto más! (Exasperada)
Yo misma me he condenado.
Julio, olvida lo pasado. (Con humildad)

JULIO. ¿Es que te pesa quizás? (Con ira)
¿Es que de mí solicita
tu falsedad un instante
para otorgarle á otro amante
la ventura de otra cita?
¿Piensas que no he comprendido

que te ama Carlos?

ROSA. ¡Por Dios! (Angustiada)

JULIO. Rosa, elige entre los dos: (Con rabia)
él ó yo; ¿me has entendido?
Acaba; llegó el momento
de resolver el problema;
no me espanta el anatema
que á fulminar va tu acento.

ROSA. Julio, advierte mi dolor,
porque tu duda me mata;
¿cómo puedo serte ingrata
si eres mi primer amor?

JULIO. Entonces, dime, ¿á qué viene
Carlos, aquí?
(Rosa vacila; Julio lo nota y añade impaciente y colérico:)
Dime, ¿á qué? (Con exaltación)
Dilo pronto...

ROSA. No lo sé. (Abatida)

JULIO. Rosa, ¿te burlas de mí?
(Con rabia amenazadora)

ROSA. ¡Está loco rematado!
(Con indignación y como respondiendo á su pensamiento)

JULIO. ¿Y qué importa mi locura
(Con resolución desesperada)
si un tiro todo lo cura?

ROSA. ¡Julio! ¡Julio!
(Precipitándose hacia Julio que se va por la derecha)
¡Se ha marchado!
(Retrocede abatida, y luego recobrándose dice:)

ESCENA XV

ROSA

Le seguiré. ¿Y mi decoro? (Reflexiona)
¿Y si le dejo y se mata?
¡Ser deshonrada ó ingrata! (Con tristeza)

¿Qué puedo elegir? ¡Lo ignoro!
(Con desesperación)
¡Dios mío! Con lo violento
que es su carácter, ¿qué hará?
Sin duda se matará...
¿y yo salvarle no intento?
Debo salvarle, sí, sí; (Con decisión)
hacer un bien no es delito;
corro .. la desgracia evito
y al punto me vuelvo aquí.
(Va á salir por la derecha, pero Plácida aparece por el mencionado sitio diciendo con agitación:)

ESCENA XVI

ROSA y PLÁCIDA

PLÁC. Rosa, en la calle hay pendencia.
Julio... (Dudando)
ROSA. Concluye, ¿qué pasa? (Anhelante)
PLÁC. Apenas salió de casa
dando ejemplo de imprudencia,
aunque el móvil no adivino,
de suicidarse trató;
pero Carlos, que llegó,
impidió tal desatino.
Él entonces, contrariado,
á Carlos quiso matar;
Carlos en casa fué á entrar
y él se lo impidió enojado.
No entrarás, no, repetía,
voceando como un loco.
Solo entro yo. — Tú, tampoco,
el otro le respondía.
Y entablan una refriega
ambos con igual aliento
(todo cosa de un momento);
y un grito ahogado á mí llega.
He aquí expuesto lo que sé;
ahora tú ¿qué te propones?

ROSA. No es tiempo de digresiones.
¿Me sigues? (Con firmeza)
PLÁC. Te seguiré. (Después de vacilar)
ROSA. Si aun nada grave ha ocurrido
llamaré á Julio...
PLÁC. Sí, sí.
(Julio se presenta por la derecha á tiempo de oir las últimas palabras)

ESCENA XVII

DICHOS y JULIO

JULIO. No le llames, ya está aquí.
(Rosa y Plácida retroceden y van á gritar, pero Julio se lo impide llevando un dedo á sus labios; luego añade:)
Si gritan, estoy perdido.
Ahora, Rosa, he de saber
(Aproximándose á Rosa y con tristeza)
si tu amor es verdadero;
de tu labio escuchar quiero
la suerte que he de tener.
ROSA. ¡Sangre!
(Mirando con terror una de las manos de Julio que estará manchada de sangre)
¡Aparta! ¡Qué cinismo!
(Julio trata de aproximarse más á Rosa, pero ésta le detiene con un ademán enérgico)
JULIO. ¿Te horrorizo, no es verdad?
(Retrocediendo y con amargura)
Pues bien, á la autoridad
(Con resolución y dirigiéndose á la puerta)
voy á entregarme yo mismo.
ROSA. ¡Desdichado! ¡Espera! ¡Espera!
(Corriendo á detenerle)
JULIO. Seguiré mi suerte. (Decidido)
ROSA. ¡No! (Exasperada)
JULIO. El que por tu causa hirió, (Con amargura)
al fin por tu causa muera.
ROSA. Julio, has sido muy cruel. (Sollozando)
JULIO. Otra vez te quise hablar; (Con fría serenidad)

Carlos me impidió el entrar;
pasé por encima de él.
No era tal mi pensamiento;
la suerte así lo ha querido.

ROSA. Debistes haber cedido...

JULIO. ¿Ceder yo en cualquier intento?
Nunca supe dominarme;
hijo único y mimado,
nadie á ceder me ha enseñado,
y hacer que ceda es matarme.
A más que no hay pretensión
que nueva vida no sienta,
cuando ante ella se presenta
la atrevida oposición;
que si un barco en el mar choca
contra una roca vecina,
sólo entonces se adivina
la dureza de la roca.

ROSA. ¡Huye, sálvate! (Con angustia)

JULIO. No puedo.
Fuera renunciar á ti.
(Mirando fijamente á Rosa y con acento suplicante)
Huye conmigo.

ROSA. ¡Yo! (Retrocediendo con espanto)

JULIO. ¡Sí! (Con terrible calma)

ROSA. ¡Imposible! (Con dignidad)

JULIO. Pues me quedo.
(Resueltamente, pero con aparente frialdad)
(Suenan golpes dados á una puerta. Plácida dice con gran agitación:)

PLÁC. ¡¡Llaman!!

ROSA. ¡Sálvate!
(A Julio con angustia y suplicante acento)

JULIO. ¿Y qué gano?
(Con amargura)

ROSA. ¡Es la justicia! (Con aflicción)

JULIO. La espero. (Con frío desdén)

ROSA. ¡¡Huye, Julio, yo lo quiero!!
¡Hay puerta falsa!... (Con desesperación)

JULIO. ¡Es en vano!
(En su tono anterior)

(Pausa prolongada, durante la cual Plácida dice aparte:)

Por lograr buen porvenir,
de mi desdicha me acuso;
yo propuse y Dios dispuso
lo que el tiempo ha de cumplir.

PLÁC. ¡Huya usted, Julio, por Dios!
(Alto; con ansiedad)

JULIO. ¿Y á Rosa renunciaré? (Con dolor)
Sin ella jamás huiré. (Con firmeza y energía)
(Suena ruido cercano; al sentir el cual, Rosa toma de la mano á Julio y dice resueltamente:)

ROSA. Pues bien, huyamos los dos. (Angustiada)

PLÁC. Yo sola no he de quedarme;
déjenme al menos que siga.

JULIO. Véngase usted. (Tomándole de una mano)

ROSA. ¡Vente, amiga! (Imitando á Julio)

PLÁC. Mi angustia va á delatarme. (Temerosa)

JULIO. Ahora, me encuentro dispuesto
á salvar la situación;
marchemos sin dilación
que el peligro es manifiesto.
(Salen por la derecha con gran precipitación)

TELÓN

ACTO SEGUNDO

La escena en Madrid. Sala elegante en casa de Julio, puertas laterales y al foro. Un confidente.

ESCENA PRIMERA

JULIO y ROSA

Ambos sentados en el confidente; el primero revelando disgusto, la segunda inquietud

JULIO. Voy á salir.
(Con resolución y como desembarazándose de una idea desagradable)
ROSA. ¿Dónde vas?
(Con sentimiento mezclado de ternura)
JULIO. A un asunto de importancia. (Con gravedad)
ROSA. ¡Ayer dijiste lo mismo!...
(Con reconvención cariñosa)
JULIO. ¿Te inspiro desconfianza? (Enojado)
ROSA. No... pero... (Confusa)
JULIO. ¿Tenemos peros? (Más ofendido)
ROSA. Es sin duda una desgracia... (Con timidez)
pero... no puedo vivir
ni un momento separada
de tu lado.
JULIO. Pues debieras (Contrariado)
sacrificarte en las aras
de tu nuevo estado, Rosa;
porque una mujer casada
debe violentar sus gustos
si en bien no son de su casa.
ROSA. Mas, porque estés á mi lado,
no pienso perjudicarla.

Cumplieron ya los dos meses
que nos casamos y en nada
se ha conocido el perjuicio,
aunque en esta misma estancia
y á mi lado dulcemente
horas tras horas pasabas,
hasta ayer que me indicaste
lo que hoy repites.

JULIO. Pues basta (Con severidad)
esta indicación.

ROSA. Comprendo... (Con despecho)
Sin duda alguna te cansas (Con sentimiento)
de mi amor...

JULIO. ¡Qué niña eres!
(Dulcificando su acento)
¡Qué idea tan infundada!
¿Quién se cansa de un tesoro?
¿quién de la gloria se cansa?

ROSA. ¿Es verdad? (Con cariñoso reconocimiento)

JULIO. ¡Que si es verdad? (Con pasión)
No dudes de mis palabras;
pero piensa, Rosa mía,
que esta vida no se pasa
con sólo amor, que es preciso
descender de la alta escala
de lo ideal, hasta hundirse
en la tierra encenagada
de lo material; son leyes
y debemos acatarlas.
En los dos meses de dicha
que como dos horas rápidas
han pasado para mí,
tú ignoras, Rosa adorada,
que no pensé en intereses
y que hay pérdidas: repara
que ya es tiempo de ocuparnos
en cosas serias: no basta
tener buenos servidores,
y á su cuidado dejarlas.
¿No lo comprendes así?

ROSA. Julio, he sido una insensata;
(Arrepentida y pesarosa)
puedes irte descuidado,
que ya recobré la calma.
JULIO. Pues adiós, bien de mi vida. (Con ternura)
Dirígese al foro. Síguele Rosa, diciéndole con suplicante acento:)
ROSA. ¿Volverás pronto?
JULIO. Palabra. (Saliendo)

ESCENA II

ROSA

Ya se va... pero ¡Dios mío!
no me explico esta tristeza
que se apodera de mí
cuando veo que se aleja.
Ya no siento ni el ruido (Pausa)
de sus pasos... ¡quién pudiera
por todas partes seguirle...!
¡Ah! Cuando sola me deja,
parece que pesa el mundo
sobre mi débil cabeza.
Si aquel padre cariñoso (Transición)
y aquella madre, supieran
cuánto les tengo presente,
cuántas lágrimas me cuestan,
me perdonaran...! Mas no,
despreciaran mis querellas;
que yo supe abandonarlos
y ellos no olvidan la ofensa.
Ni súplicas me han servido, (Transición)
ni que nos separen leguas;
pues si disminuye amores
aumenta enojos la ausencia.
¡En vano fué todo! ¡en vano!
El silencio por respuesta
tuvieron todas mis cartas,
aun cuando ya en la primera

les hablé de nuestro enlace
á efecto llevado, apenas
cesaron los sobresaltos
de aquella noche... ¿qué esperan
para otorgarme el perdón?
¿por qué su piedad me niegan?
Y para colmo de males, (Llora)
cuando aparecen las huellas
de mi pesar en mi rostro,
mi esposo se desespera.

ESCENA III

DICHA y PLÁCIDA

Esta entra por la izquierda, y después de observar á Rosa dice con marcado disgusto:

PLÁC. ¡Siempre estamos en las mismas!
¡Lágrimas á todas horas!
Pareces un Jeremías
que anuncia el mal y le llora.
No quieres hacerme caso
y si así prosigues, Rosa,
serás al fin desgraciada
aunque tu suerte se oponga.

ROSA. ¡Que seré al fin desgraciada! (Con pena)
¿Por ventura soy dichosa?
El... se cansa de mi amor... (Llorando)
se cansa de mí...

PLÁC. ¡¡Esta es otra!! (Con enfado)
No es que se canse de ti;
es que aquí siempre se ahoga;
es que la luna de miel
también se oculta á su hora;
es que han pasado dos meses
desde el día de la boda,
y una vida siempre igual
le es á los hombres monótona.
Julio es bueno, mas tú tienes
exigencias caprichosas;

¡que son de amor!.., pues no basta;
son exigencias y enojan.
Déjale que salga y entre:
recíbele cariñosa,
pero, alegre sobre todo:
que no comprenda que lloras.
El llanto inflama los ojos,
deja las mejillas rojas,
los labios secos y ardientes,
la tez quemada y rugosa;
y como todos los hombres
no poetizan las cosas
y ven sólo el exterior
de las mujeres que adoran,
sucede que al verlas feas,
su amor se desilusiona,
porque la mujer, por fuerza
debe aparecer hermosa.

ROSA. De modo que, según eso, (Contristada)
¿á la mujer sólo toca
tener la hiel en el alma,
en el pecho la congoja,
en el corazón el llanto
y la sonrisa en la boca?
No, Plácida, no es posible;
si á todo mortal se otorga
el consuelo de mostrar
cuanto le place ó le enoja;
si el hombre, el bruto y el ave,
tales privilegios gozan,
¿por qué sólo á la mujer
le han de mandar ser hipócrita?
Además, nuestra misión
según nos dicen, no es otra
que ser esposas y madres:
pues no existiendo otra cosa
que nuestra atención reclame,
¿no hemos de vivir celosas
de estos derechos? Sí, sí:
aunque no apruebes mi obra,

pediré á Julio que cumpla
la promesa halagadora,
que en otro tiempo me hizo...
quiero ser su Dios!

PLÁC. ¡¡Bobona!!

ROSA. Quiero que me adore siempre (Exaltada)
y que viva por mí sola.
La mujer no es más que amor,
sólo sabe ser esposa;
si el hombre así no la quiere
¡que haga en su vida reformas!

PLÁC. Puedes pensar como quieras;
sólo te advierto una cosa
y es, que en el mundo, hija mía,
según enseñan las crónicas,
no sirven reformadores,
cuanto más, reformadoras.
Pero, vuelvo á lo anterior
que es lo que á ti más te importa;
procura no andar con mimos
que la paciencia se agota,
y es el mayor de los males
una casada mimosa.
No aburras á tu marido;
sé prudente y reflexiona
que su carácter no es propio
para empalagos de monja.

ROSA. Julio ya no es el que era. (Con satisfacción)

PLÁC. Tu terquedad me sofoca. (Con despecho)
Si ahora vive contenido,
es por la dicha que goza
junto á ti; ¡pero ay de todos
si su genio se desborda!
No hay por que hacerse ilusiones
de una conversión tan pronta,
pues genio y figura, nacen
y mueren con la persona.

ROSA. En la primera ocasión
he de ver si te equivocas;
si cede á mi voluntad,

es consecuencia forzosa
de ese cambio que te digo;
¿no es verdad?

PLÁC. ¿Pero estás loca? (Con espanto)
De modo que me haces ver
que tus enojos soporta
y porque es su gusto sale
sin tú quererlo, y te arrojas
á promover el conflicto
de una prueba peligrosa?

ROSA. Es que hasta aquí formalmente
no me opuse á nada. (Como reflexionando)

PLÁC. Ignoras (Con calor)
que hubiera sido lo mismo...
ó peor?
(Advirtiendo que Rosa hace un movimiento negativo:)
¿No te conformas?

ROSA. Me conformarán los hechos. (Con gravedad)

PLAC. Pues haz lo que quieras, Rosa. (Con enojo)

ESCENA IV

DICHOS y JULIO

(Entra el último por el foro, y dirígese á Rosa con viveza)

JULIO. ¿Vengo pronto?

ROSA. No tan pronto
cual tu pobre Rosa quiere;
pero... en fin ¿qué ha sucedido? (Intranquila)

JULIO. Sosiégate, cosa alegre:
(Acercándose y con amabilidad)
Esta noche dan un baile
los señores de Alburquerque...
y nos ruegan que asistamos...
(Viendo que Rosa hace un movimiento de disgusto)
no hay disculpa aunque lo intentes.

ROSA. Yo, mejor que en ese baile (Contrariada)
donde nadie me entretiene,

pasara la noche aquí
sentada en un confidente
junto á ti, con mis labores
quizá extasiada, oyéndote
algún trozo de novela
de esas tan bellas que tienes.

JULIO. Vamos, anímate, Rosa; (Con benevolencia)
á mis ruegos no te niegues;
toda la vida, hija mía,
no he de pasarla leyéndote:
á más que el manjar más rico,
necesita de entremeses.
¿Verdad, que iremos?

ROSA. (Con disgusto) Ya es tarde.

JULIO. No, Rosa, si son las siete; (Mirando el reloj)
comemos en media hora:
en dos se arreglan ustedes;
al carruaje enseguida,
y aun sobra tiempo si quieres.
¿No es verdad, Plácida? (Á Placida)

PLÁC. Sí. (Con naturalidad)

ROSA. (Voy á ver si condesciende.) (Aparte)
No vamos al baile, Julio: (Alto)
discúlpate, que bien puedes;
con decir que me indispuse
ya has cumplido.

JULIO. (¡Qué exigente!)
(Aparte, entre despechado y benévolo)
Mas... ¿por qué no hemos de ir? (Alto)

ROSA. No tengo ganas... ¿lo entiendes?
(Con fingido enojo)
(Todo es broma... al fin iré...) (Aparte)

PLÁC. ¡Qué infeliz! ¡cómo se pierde!

(Julio, que habrá empezado á pasearse por el escenario con muestras de impaciencia, se detiene, de improviso, ante Rosa y dice con resolución:)

JULIO. Rosa, iremos á este baile. (Pausa)

ROSA. Quizás si me hiciera fuerte (Aparte)
cediera... Vete tú solo. (Alto y con sequedad)
(No se irá.) (Aparte)

PLÁC. ¡Qué niña eres! (Aparte á Rosa)
JULIO. (Yo soy hombre de carácter (Aparte)
y debo probarlo siempre.)
¿Tú vienes? (Alto á Rosa)
ROSA. No. (Con voz ahogada)
JULIO. (Se dirige al foro) Pues adiós. (Con violencia)
ROSA. (¡Qué torpe he sido!..) (Aparte angustiada)
JULIO. Así aprende.

ESCENA V

PLÁCIDA y ROSA

PLÁC. Ya lo ves.
(Dirigiéndose á Rosa y con reconvención)
ROSA. No me complace (Con desaliento)
ni en la cosa más sencilla. (Llora)
PLÁC. Para mí ni es maravilla (Con tranquilidad)
ni le culpo en lo que hace.
Tú lo quieres...
ROSA. ¡¡Yo!! (Con pena)
PLÁC. (Con dura reconvención) ¡Mujer!..
de imprudencia en imprudencia
juegas ya con su paciencia;
claro está que has de perder
ROSA. Es verdad... ¡maldito intento! (Reflexión)
De otra prueba, Dios me guarde:
PLÁC. Me temo que llegue tarde (Aparte)
el tal arrepentimiento.
ROSA. Ahora, le voy á esperar (Con resolución)
resignada y cariñosa.
PLÁC. Ese es el camino, Rosa,
(Con acento sentencioso)
si anhelas tu bienestar.
(Cambiando de tono y observando que Rosa aun tiene los ojos húmedos)
Enjuga el llanto en tus ojos:
no des paso á la tristeza;
que el amor y la belleza
suelen aplacar enojos.

ROSA. Me lavo, salgo al balcón,
(Cediendo, levantándose y dirigiéndose hacia la derecha)
me da el aire y concluído. (Sale)
PLÁC. Dios haga, cual yo le pido, (Viéndola ir)
que te sirva esta lección.

ESCENA VI

PLÁCIDA

Esto nos sucede á todas;
después de las bendiciones
y de la luna de miel,
empiezan los sinsabores.
Este maldito deseo
de dominar á los hombres,
está probado, nos pierde
de doce veces, las doce.
Después de todo, á la chica
le ha impresionado este golpe;
se figuró en mala hora
que Julio estaba á sus órdenes
y ha sufrido un desengaño.
¡Conviene salir de errores!
Y á propósito de error...
se presentan situaciones
en las que el error es fácil.
No se me olvida aquel hombre,
que embozado hasta los ojos,
rondaba esta casa anoche.
El mismo cuerpo de Carlos;
su modo de andar, su porte,
lo que es para mí era él;
puede ser que me equivoque,
pero, en fin, lo juraría.
(Cambiando de tono y como rechazando la idea)
¡Debo haber visto visiones!,
porque lo de Carlos, pase:
lo que me parece enorme

es que mi tío también
haya venido á la corte.
Y, sin embargo, aquel otro
que con tantas precauciones
vigilaba al embozado... (Medita, pausa)
En vez de acopiar temores,
debí decírselo á Rosa
al momento; pero entonces
se hubiera sobresaltado
acaso por ilusiones;
esperemos, por ahora;
mientras, que todo lo ignore...

ESCENA VII

DICHA y JULIO

Entra el último por el foro, visiblemente agitado, y, sin reparar en Plácida, se dirige con precipitación hacia la derecha; mas Plácida se le interpone diciéndole sorprendida:

PLÁC. ¿Qué ocurre?
(Julio, sin responder, trata de seguir; mas viendo que Plácida se lo impide, le dice con sequedad:)
JULIO. ¡Déjame!
PLÁC. No... (Temerosa)
antes, habla.
JULIO. ¡¡Aparta digo!!
(Intentando separar á Plácida que se resiste)
PLÁC. Descortés estás conmigo.
(Sin apartarse y con sentimiento)
JULIO. ¡Aparta, ó te aparto yo! (Colérico)
PLÁC. ¡Por Dios, que estoy asombrada!
¡Esa ira es contra Rosa? (Con extrañeza)
JULIO. Es ¡contra la mala esposa! (Sombrío)
PLÁC. Oye, Julio... (Aterrada)
JULIO. ¡No oigo nada!
(Retirando con violencia á Plácida y yendo á salir por la derecha. Al tiempo de salir, Rosa, que aparece por el mismo sitio, le obliga á retroceder. Momento de suspensión en Julio y de alegría en Rosa, la cual dice con cariñoso acento:)

ESCENA VIII

DICHOS y ROSA

ROSA. Te estaba esperando.
JULIO. (Con voz reconcentrada) ¿Á mí?
En el balcón, ¿no es verdad?
PLÁC. (¡Señor! ¡qué severidad!)
(Aparte mirando á Julio con sobresalto)
ROSA. (¿Por lo del baile está así?) (Aparte)
Julio, no guardes rencor; (Alto)
olvida lo que ha pasado. (Aproximándosele)
JULIO. ¡Apártate de mi lado! (Colérico)
ROSA. Mas... ¿por qué tanto rigor? (Desconcertada)
(Pausa: durante, ella Plácida aparte dice:)
PLÁC. (La situación es muy grave
y á resolverla no acierto;
¿será lo de Carlos cierto
y le habrá visto? ¡quién sabe!)
(Alto, intentando mediar)
Calma, por Dios, y entendamos
lo que está pasando aquí.
ROSA. ¿Pues no lo sabes? (Con naturalidad)
PLÁC. ¡Yo! (Sorprendida)
ROSA. ¡Sí! (Como antes)
JULIO. ¡Ella también!
(Mirando á Plácida con ira y como si respondiera á sus propias ideas)
PLÁC. ¡¡La enmendamos!!
(Dando muestras de confusión y de disgusto)
JULIO. ¡Fuiste cómplice! (A Plácida, con indignación)
PLÁC. ¿De qué? (A Julio con extrañeza)
JULIO. ¡Tal infamia! (Con acento amenazador)
PLÁC. ¡Qué tormento!
(Aparte y aun más confusa que antes)
JULIO. ¡Basta ya de fingimiento! (Con cólera)
PLÁC. ¡Pero si yo nada sé! (Cándidamente)
JULIO. Quítate ya el antifaz, (Con desprecio)
porque engañarme no puedes.

PLÁC. Señores, mátense ustedes (A los dos)
pero déjenme á mí en paz.

JULIO. Esa ignorancia es fingida. (Con furor)
Rosa, desde este momento
(A Rosa con imperio)
no saldrás de ese aposento
(Indicando la izquierda)
si en algo tienes tu vida.

PLÁC. Pero... (Queriendo mediar por segunda vez)

JULIO. Y tú, sin dilación
(Á Plácida, con el acento que empleó para Rosa)
abandonas esta casa.

PLÁC. Julio, explica lo que pasa; (Aterrada)
acaba, por compasión.

ROSA. ¡Piedad! (Á Julio con timidez)

JULIO. ¡Piedad! ¿Para quién?
(Á Rosa con despecho)
(Rosa avanza hacia él, con mirada suplicante; mas Julio la detiene con un movimiento de ira, diciendo exaltado:)
¡Quítate de mi presencia,
(Rosa quiere continuar, Julio lo advierte, y dice, marcando mucho las palabras:)
que se acaba mi paciencia!
(Viendo que llora, pero que no se retira:)
Vete, Rosa: ¿no? ¡Pues bien!
(La empuja violentamente hacia la izquierda, obligándola á retroceder, á la par que D. Antonio se presenta por el foro. Siendo de gran importancia y de difícil explicación, los incidentes mudos de esta escena se recomiendan al talento de los actores que la desempeñen. Rosa es la primera en ver á D. Antonio y en gritar, con acento indefinible, mientras se arroja en sus brazos:)

ESCENA IX

DICHOS y D. ANTONIO

ROSA. ¡¡Padre!!

JULIO. ¡Qué es esto!
(Retrocediendo y como avergonzado. Aparte)

PLÁC. (Entre alegre y triste) ¡Mi tío!

JULIO. (¡Es posible! ¡Aquí mi suegro! (Dudando)
Después de todo, me alegro.)
(Reponiéndose; aparte y con resolución)

PLÁC. No me engañé...
(Aparte y como si respondiese á sus ideas)

ROSA. ¡¡Padre mío!!
(Sollozando y como si dudara de la realidad)

D. ANT. En mal hora aquí he llegado
(Separando suavemente á Rosa y avanzando hacia Julio)
á juzgar por la apariencia.

JULIO. No, quizás con su presencia (Con despecho)
un desastre haya evitado.

D. ANT. Pero, en fin, ¿qué es lo que pasa?
(Sorprendido)

JULIO. Sin que explicación me exija (Con dignidad)
disponga usted de su hija,
pues yo me voy de esta casa.
(Trata de salir por el foro)

ROSA. ¡Julio! ¡Julio! (Interponiéndose y con angustia)
(Julio le dirige una severa mirada, con la cual le obliga á detenerse, pero D. Antonio se le interpone, cubriendo la puerta con su cuerpo, y dice gravemente:)

D. ANT. ¡Un solo instante!
¿Qué delito es el de Rosa?

JULIO. Delito de infiel esposa.
(Con voz reconcentrada)
(Rosa quiere hablar, pero D. Antonio se lo impide con un movimiento significativo, á la par que dice con violencia:)

D. ANT. Pronto, el nombre del amante.
(Julio intenta salir de nuevo sin responder; mas D. Antonio, tratando de evitarlo, le dice suplicante:)
Hable al punto, por favor,
que aunque viejo y abatido,
(Con voz sombría, viendo que Julio va á desaparecer por el foro:)
sabré vengar al marido
que así abandona su honor.
(Julio, al oir las últimas palabras, se precipita colérico en el escenario y dice, mirando furioso á D. Antonio:)

JULIO. No sufro nuevos sonrojos,
que al oir tales condenas,

hierve la sangre en mis venas
y huye la luz de mis ojos.
A expresiones tan villanas
siempre castigo se impuso;
pues no es menor el abuso
porque se oculte entre canas.
Retráctese al punto. (Con violencia)
(Viendo que D. Antonio se dispone á salir por el foro, indicándole que le siga:)
¡Aquí!
Retráctese, D. Antonio, (Con furor)
ó juró por el demonio,
que no respondo de mí!

D. ANT. (Ya está dispuesto á escucharme; (Aparte)
conseguí al cabo mi intento.)

JULIO. Hable usted, hable al momento.
(En su tono anterior)

D. ANT. Empiezo por retractarme. (Pausadamente)
Las frases que he pronunciado,
de estrategia me han servido,
pues mi objeto sólo ha sido
retenerle á nuestro lado.
Hecha tal declaración,
si aun de ofensa queda un resto,
yo le daré, como en esto,
cumplida satisfacción.
Y cónstele que me pesa
y que haré cuanto me exija;
ahora hablemos de mi hija
que es lo que más interesa.

JULIO. ¡De ella no! (Exaltado)

ROSA. ¡Qué ingrato es! (Aparte, con pena)

D. ANT. No hay que obrar tan de ligero:
(Con gravedad y reflexión)
hagamos la luz primero
y resolvamos después.

JULIO. Ya esa luz brilló un instante...
y he visto á su claridad (Con amargura)
de la negra realidad
una prueba palpitante.

Rosa, al balcón asomada,
y Carlos al pie... ¡Por Cristo!
(Con furor mirando á Rosa)

ROSA. Te juro que no le he visto. (Suplicante)

JULIO ¡Infame! ¡No jures nada! (Con violencia)

PLÁC. (Sin duda debo explicarme... (Aparte)
¿Y si me culpara á mí (Recelosa)
porque oculté lo que vi?
Lo mejor será callarme.)

D. ANT. Oiga, Julio; esta cuestión (Pausadamente)
pide calma y gran prudencia;
escúcheme con paciencia
y juzgue luego en razón.
Yo de Sevilla salí
quizás sin saber qué hacía;
supe que Carlos venía
y en secreto le seguí.
El cómo, no es de este caso;
pero desde su llegada,
siempre oculto á su mirada,
le he seguido paso á paso.
Extraño presentimiento
me anunciaba no sé qué,
y activo le vigilé
hasta en su mismo aposento.
Ahora bien; esto entendido,
fácil es de adivinar
que yo no puedo ignorar
lo que esta tarde ha ocurrido.
Carlos, en su afán constante,
por esta calle rondaba,
mientras que yo le observaba
recatándome el semblante.
De improviso apareció
de esta puerta en el dintel
un hombre, que absorto en él
por breve espacio quedó.
Al cabo, concibió un plan,
y en el portal penetrando
ocultóse, vigilando

al imprudente galán.
Mas Carlos, fijo en su idea,
no observó tal incidente,
y prosiguió lentamente
la comenzada tarea.
A poco, y sin poner tasa
á su atrevida locura,
contempló con amargura
los balcones de esta casa.
¡Coincidencia singular!
Uno de ellos se entreabrió
y Rosa se presentó.

(Julio hace un movimiento de impaciencia. Don Antonio lo observa y dice con acento de convicción:)

Déjeme continuar.
Pálido como la cera
el hombre oculto, de intento
se dejó ver un momento
al sonar la vidriera.

JULIO. Yo era el hombre que allí estaba.
(Con acento reconcentrado)

D. ANT. Es verdad; le conocí, (Prosigue)
y en sus ojos sorprendí
los proyectos que abrigaba.
Entonces, medio aturdido,
aunque resuelto á evitarlos,
me aproximé más á Carlos
y dije, quedo, á su oído:
Cuando el amor no es discreto,
olvidarlo es un deber;
y Carlos turbóse al ver
sorprendido su secreto.
Yo, entre tanto, sin cuidarme
del efecto producido,
la marcha emprendí atrevido
fingiendo afán de alejarme.
Carlos vino en pos de mí,
largo trecho caminamos,
y cuando nos alejamos
entonces... me descubrí. (Breve pausa)

JULIO. (Huyó el miserable, es cierto;
(Aparte y con acento sombrío)
se escapó de mi venganza;
pero aun tengo la esperanza
de encontrarle vivo ó muerto:)

D. ANT. Al verme retrocedió;
mas vencido ya el espanto,
voy á repetirle cuanto
entre nosotros se habló.
¿Qué pretendes?—Poca cosa.
—Tu imprudencia es increíble.
—Me es igual.—¿Será posible?
Di que intentas.—Ver á Rosa.
—Ya la viste.—Pues insisto.
—No prosiga tal quimera.
—Sólo desistir pudiera
si ella á mí me hubiese visto.
Hay un mundo entre los dos;
pero parto á tierra extraña
y antes de salir de España
la he de dar mi último adiós.—
Cuando así se hubo expresado,
me saludó cortésmente
y alejóse prontamente,
dejándome anonadado.
He aquí todo lo ocurrido
sin quitar ni poner cosa.

JULIO. ¿Luego es inocente Rosa? (Anhelante)

D. ANT. De ello esté usted convencido.

JULIO. ¿Y siendo inocente, di, (A Rosa)
por qué implorabas perdón?
¿Por qué aquella obstinación
en pasar la noche aquí?
¿Por qué á Plácida acusabas
como cómplice del hecho,
y mi terrible despecho
más y más exacerbabas?

ROSA. Julio; por no haber salido
(Con acento de verdad)
yo culpable me juzgué,

y así á Plácida acusé
de saber lo sucedido.
Pensaba que á esto aludías;
y si en casa quise estar,
fué sólo para probar
si á mi capricho cedías.
Con mucha torpeza obré;
mas como castigo justo,
tu gusto será mi gusto
mientras que en el mundo esté.

JULIO. Sólo un punto oscuro veo:
(Más sereno á D. Antonio)
¿cómo á este sitio ha llegado?

D. ANT. Con auxilio de un criado
que se prestó á mi deseo.
Y á fe que no es maravilla
habiéndome conocido.

JULIO. Entonces, sin duda ha sido
el que traje de Sevilla.

D. ANT. Él, sí...

JULIO. Desde este momento
procuraré no olvidarle,
pues quiero recompensarle
todo el bien que experimento.

D. ANT. Dada aquella situación,
aunque ofuscado, advertí
que mi presencia era aquí
de absoluta precisión.
Hijos, olvidemos ya
los sinsabores pasados.

JULIO. Por mí quedan olvidados. (Con regocijo)
(Se aproximan todos hasta formar un solo grupo, estrechándose con efusión)

ROSA. Padre, ¿y mi madre?

D. ANT. Aquí está.
(Con admiración, viendo á D.ª Dolores que se presenta)

ESCENA X

DICHOS y D.ª DOLORES

Rosa se precipita hacia ella, y las dos unidas en un estrecho abrazo se aproximan al grupo, el cual revela la sorpresa consiguiente.

ROSA. ¡¡Madre!! (A tiempo de abrazar á D.ª Dolores)
JULIO. ¡Señora! (Un tanto afectado)
D.ª DOL. ¡Hijos míos!
(Uniendo entre sus brazos á Rosa y Julio.—Pausa)
D. ANT. ¿Cómo has venido á esta casa?
(A D.ª Dolores, como si no acabara de comprender)
D.ª DOL. Un incidente imprevisto... (Entrecortada)
Me dijeron dónde estabas ..
D. ANT. ¿Quién te lo dijo? (Sorprendido)
D.ª DOL. Un sirviente
que ejercía vigilancia
absoluta...
D. ANT. ¿Sobre mí?
(Mirando fijamente á su mujer)
D.ª DOL. Perdona la confianza;
mas ¿cómo estar yo tranquila
sabiendo que era arriesgada
la senda emprendida? Tú...
por nuestra hija velabas
y yo, por ella... y por ti...
y por todos...
D. ANT. ¡Basta!... ¡Basta! (Conmovido)
D.ª DOL. Hay en la fonda un criado (Prosigue)
en quien Carlos confiaba...
y á mi servicio se puso...
D. ANT. ¡Sin que yo lo sospechara! (Aparte)
D.ª DOL. No fuí franca, mas ya ves... (Suplicante)
ROSA. Madre mía: gracias, gracias. (Enternecida)
D. ANT. Sin duda Dios ha dispuesto
cuanto de pasar acaba..
D.ª DOL. Venid todos á mis brazos.
R. y J. Madre...
PLÁC. ¡Tía!
(D. Antonio contempla á su mujer, y dice aparte:)

D. ANT. (¡Es una santa!)

(Al tiempo de estrecharse, á D.ª Dolores se le cae un papel del bolsillo, en el cual nadie se fija)

JULIO. Sólo un recuerdo importuno

(Desprendiéndose del grupo, y con tristeza)

mi dicha toda acibara.

ROSA. ¿El de Carlos? (Adivinando)

JULIO. ¡El de Carlos! (Sombrío)

ROSA. ¡Olvídale! (Suplicante)

JULIO. ¡Calla! ¡calla! (Con violencia)

que en tus labios, lo confieso,
me hace daño esta palabra.

D.ª DOL. Sí, Julio; con ese olvido
sellemos nuestra alianza.

D. ANT. Es lo mejor.

JULIO. (Cederé
en apariencias.) Pues vaya,
dejémoslo á un lado todo.
(Todo menos mi venganza.) (Aparte)
Y tratando de otra cosa: (Alto)
según deduzco, ¿paraban
en la fonda donde Carlos?

D. ANT. Justamente; eso fué causa
de observarle muy de cerca,
ocultos á sus miradas.

JULIO. (Preguntaré indiferente (Aparte)
cuál es la fonda... me mata
la impaciencia, por saberlo
y vengarme sin tardanza.)

(Se detiene de improviso y observando que los dichos hablan bajo, dice:)

(Pero ¡calla! hablan aparte.
Para oir de qué se trata,
me fingiré ensimismado...)

(Vuelve á pasear sin darse cuenta de lo que á su alrededor sucede, pero mirando de vez en cuando aunque recatadamente á los otros que hablan bajo, con excepción de Plácida, la cual mira á Julio con recelo.)

D.ª DOL. Silencio: seré más clara
cuando Julio no esté aquí.

ROSA. Me siento muy agitada...

PLÁC. Son torpes para estas cosas; (Aparte)
ya al otro le han puesto en ascuas.

JULIO. No me gusta nada de esto; (Aparte)
mas ya sabré si me engañan.
Aunque por breves instantes
(Alto y dirigiéndose á todos)
me marcho á ordenar que traigan...
Vuestro equipaje... (Á D. Ant.º y D.ª Dolores)

D.ª DOL. ¡Qué prisa!.. (Contrariada)

JULIO. Que ya son las once dadas
y se hace tarde.

D.ª DOL. ¿Qué importa?
se manda por él mañana.

JULIO. ¿Y por qué si aun sobra el tiempo?
(Sale fingiendo prisa, pero vuelve precipitado y dice con la mayor naturalidad:)
Lo mejor se me olvidaba.
¿El Hotel, qué nombre tiene?

D. ANT. El de la Paz. (Con sencillez)
(Julio va á salir de nuevo, y al hacerlo, ve á sus pies la carta que se le cayó á D.ª Dolores; la coge con rapidez y sale, pasando para todos desapercibido este incidente. Al tiempo de tomarla y salir dice aparte estos versos:)

JULIO. Una carta:
quizás ella me ilumine
en algún modo... leámosla.
(D. Antonio y D.ª Dolores, Rosa y Plácida que al salir Julio la primera vez se habían agrupado nuevamente avanzando hacia el proscenio, no fijan su atención en la segunda entrada de Julio y sólo D. Antonio vuelve la cara para decirle el nombre del hotel; pero esto dura un segundo, volviéndose deseguida y como los demás al público y dejando ver á Julio con libertad de coger la carta sin ser visto)

ESCENA XI

DICHOS, menos JULIO

Todos rodeando á D.ª Dolores con muestras de la más viva curiosidad

D. ANT. Ya estamos solos, explícate.

D.ª DOL. Lo haré prontamente: Carlos
llegó al hotel hace poco,
se encerró y tras breve rato,
llamó al sirviente á quien él

se figura haber comprado
y le dijo estas palabras:
Vas á salir en el acto,
para llevar una carta
y oye bien lo que te encargo:
Cuando sujeto á las señas
llegues á donde te mando,
das al portero esta carta
para que la ponga en manos
de doña Rosa en seguida;
corre y Dios te dé buen tacto.
Salió el sirviente de allí
y al punto vino á mi cuarto
refiriéndome el suceso;
yo, conforme á lo pactado,
y ayudada por el oro,
conseguí sin gran trabajo,
hacerme de aquella carta
nuevos males evitando...

D. Ant. ¿Era para Rosa?

D.ª Dol. Sí,
citándola...

Rosa. ¡Cielo santo!
¡Si Julio la hubiera visto!

Plác. No somos infortunados.

D. Ant. Esa carta hubiera sido
causa de infinitos daños...
Rompámosla... ¿dónde está?
(D.ª Dolores busca, aunque en vano, por entre sus vestidos; luego dice apurada:)

D.ª Dol. ¡Dios mío! ¡Se ha extraviado!

D. Ant. No importa, mejor es eso.

Rosa. Silencio, que suenan pasos.

ESCENA XII

DICHOS y JULIO

Este último entra por el foro, y deteniéndose en la puerta y mirándolos á todos fijamente y con voz reconcentrada, dice:

Julio. ¡Miserables!

D. Ant. ¡¡Cómo! ¡qué! (Con estupefacción)

ROSA. ¡Ay de mí! ¿Qué es lo que pasa?
(Con espanto)

JULIO. Salgan presto de esta casa (Dirigiéndose á D. Antonio, D.ª Dolores y Plácida con acento terrible)
ó yo les arrojaré.

D. ANT. ¡Pero está loco!...¡Señor!

JULIO. ¡Loco de rabia! ¡Es verdad! (Furioso)

D. ANT. ¡Por Dios! ¡Haya claridad!

D.ª DOL. ¡Julio, Julio, por favor!

JULIO. Salga V. de aquí ó le juro
que paga su infame intento.

D. ANT. Tal insulto no consiento.

PLÁC. Vió la carta de seguro. (Aparte)

JULIO. Que mi paciencia es escasa;
ni he de dar explicaciones,
ni me han de valer razones.
¡Fuera, fuera de mi casa! (Con imperio)

D. ANT. Vuestra presencia le vale;
mas, juro que he de volver.
¡Rosa! (Alto á Rosa)

JULIO. Rosa es mi mujer
(Creyendo que intenta llevársela)
y de esta casa no sale. (Al decir esto la obliga á desaparecer por la puerta de la izquierda)

D. ANT. Bien está, Julio, la dejo;
(Después de haber reflexionado)
pero mañana...

JULIO. ¿Vendrá? (Con ironía)
como quiera: ¿qué más da
matar á un joven, que á un viejo?
(D. Antonio le mira, después mira á D.ª Dolores y á Plácida que le empujan hacia el foro, y al fin salen los tres precipitadamente mientras Julio los contempla.)

TELÓN

ACTO TERCERO

Decoración del anterior: en un mueble una caja con pistolas

ESCENA PRIMERA

JULIO

JULIO. Mala cosa es esperar:
(Impaciente paseando por el escenario)
ya voy perdiendo la calma;
pero juro, por mi alma,
que el viejo lo ha de pagar.
Con que, señor don Antonio:
¿también usted me engañaba?
¡sin duda se figuraba
que yo era un pobre bolonio!
Nada: convencido estoy;
su maldad ya es manifiesta;
pero le saldrá funesta
ó dejo de ser quien soy.
Pues qué; ¿no hay más que jugar
con los hombres, señor mío?
Si hasta casi desvarío
cuando llego á recordar...
¡Vaya: si á mi parecer
el matarle es poca cosa!
¿Y su dignísima esposa?
¿Qué merece esa mujer?
¡Venir á sembrar cizaña!
¡Hacer un papel tan bajo
y hasta fingirme agasajo...!
¡Claro! así ¿á quién no se engaña?
¡Infames! han maltratado
mi honra y mi corazón,

y entretanto... ¡maldición!
¿quién lo hubiera sospechado?
Y Rosa... no, no, qué idea!
¿no ha probado que me adora?
¡Imposible! ¿ella traidora?
¡Preciso es que no lo crea!
No estoy hecho á reflexiones
y me ofusco y me sofoco.
¡Valiera más estar loco,
en algunas ocasiones!
Pero, si la vi al balcón,
si después la carta he visto;
mas, no puede ser... por Cristo!
¡que aumenta mi confusión!
Fingiré tranquilidad;
justo, y la interrogaré;
¿quién sabe si lograré
esclarecer la verdad?
Rosa!

(Aproximándose á la puerta de la izquierda. Rosa se presenta con gravedad, pero sin altivez.)

ESCENA II

JULIO y ROSA

JULIO. Forzoso es que hablemos!
(Con acento conciliador)
siéntate aquí, yo á tu lado.
(Colocando en medio del escenario dos sillas indicando á Rosa una y ocupando él otra.)
Pues que ya me he serenado,
veamos si nos entendemos.
Explícame con llaneza
la verdad: sin disculparte;
quizás podré perdonarte
si procedes con franqueza.
Un momento desdichado
puede inclinarnos al mal:
ese momento fatal...
dime si por ti... ha pasado. (Con embarazo)
(Pausa)

Rosa. (Duda de mí, tal ofensa (Aparte)
me obliga á ser reservada;
el que no delinque en nada
no necesita defensa.)

Julio. Te tuve amor, ansia loca (Transición)
que halló el corazón estrecho,
y salió fuera del pecho
vertiéndose por mi boca.
Te dí toda mi ternura,
me hallé á tus gustos propicio,
ni te impuse sacrificio
ni te causé una amargura.
Te colmé de mil honores,
te entregué mi corazón;
puse á tu disposición
oro, lujo, servidores.
Si otra cosa apetecías,
si á tu dicha algo faltaba,
si algo te mortificaba,
¿por qué no me lo decías?
Eras el orgullo mío; (Pausa: afectado)
me daba vida tu amor;
como dan vida á la flor
las lágrimas del rocío.
Si en algo te contradije,
si hallaste en mí tirantez,
fué, Rosa, sólo una vez,
una vez en que me dije:
Siempre su capricho aclamo:
y aunque su bondad me asombre,
el hombre, debe ser hombre
ó lo que es lo mismo, amo.
No puedo dejar que siga
dominándome á su modo;
soy varón antes que todo
y á imponerme, esto me obliga. (Pausa)

Rosa. No entiendo esa obligación (Aparte)
que en tiranizar consiste,
ni ese derecho que asiste
para tal imposición.

Siendo el hombre y la mujer
dos mitades de un ser solo,
¿qué ley ordena, ó qué dolo
que una se haya de imponer?
Si es precisa la existencia
de los dos, el mundo necio,
¿por qué á una da el menosprecio
y á otro da la preferencia?
Y si de hacerlo se alaba,
¿por qué causa engañadora
llama á la mujer señora
debiendo llamarla esclava?

JULIO. (¡Torpe he sido! á mi despecho (Aparte)
le daba satisfacciones...
¡Basta de contemplaciones!
Voy á usar de mi derecho!)
Di: ¿qué has hecho de mi amor,
ternura y benevolencia? (Alto y con severidad)
¿qué has hecho de tu conciencia?
¿qué has hecho de nuestro honor?
¡Ah! dilo: ¿mi honor de hombre
le ha guardado tu virtud?
Responde con prontitud:
¿Qué: qué has hecho de mi nombre?

ROSA. Si bien contestar podría, (Llorando)
te haré una interrogación;
¿qué has hecho de mi ilusión
que en un Dios te convertía?
Por capricho singular
la sociedad te ha gritado:
—Naces, para ser amado:
y á mí:—Naces para amar.—
Pues: ¿por qué con tu altivez
contradices tal mandato?
¿Por qué destruyes, ingrato,
lo que aprendí en mi niñez?
¿Por qué tus irreflexiones
y tu despego constante?
¿Por qué tu orgullo insultante
que causa mis decepciones?

JULIO. (Tal vez le asiste razón, (Aparte)
mas no debo posponer
á su pensar, de mujer,
mi prestigio de varón.)
No tolero me repliques,
y si te permito hablar
es sólo para dejar
que en algo te justifiques.
Tu deber es contestarme
con estricta precisión.

ROSA. (¡Humillante condición! (Aparte)
Lo mejor será callarme.)

JULIO. ¿Asististe á alguna cita (Colérico)
de ese vil que me provoca?

ROSA. (¡La indignación me sofoca!) (Aparte)

JULIO. ¡Rosa, tu callar me irrita! (Más furioso)

ROSA. No hablaré... (Con resolución)

JULIO. ¿Dices verdad? (Con acritud)

ROSA. Mientras dure tu inventiva.

JULIO. ¿Es un medio de evasiva? (Despechado)

ROSA. Es que tengo dignidad.

JULIO. Tu reserva me asegura
que mi sospecha es fundada.
¡Vete de aquí, desdichada,
pues mi calma ya se apura!

(Rosa avanza lentamente hacia la izquierda; antes de entrar se vuelve á Julio que la contempla y que exclama:)

Cualquiera, al verla, diría
que la abona la inocencia...
Me hace débil su presencia
¡ay! ¿por qué la llamaría?

(Rosa entra, mas antes de desaparecer vuelve á mirar á Julio y dice aparte:)

ROSA. ¡Cuánto le amo! si él supiera...
mas no; debo dominarme.

JULIO. ¿Por qué se vuelve á mirarme?
(Aparte y sintiéndose enternecer)

(Vuelve la cabeza á otro lado, y Rosa dice afligida á la vez que se va:)

ROSA. (Su desdén me desespera.)

ESCENA III

JULIO

Se fué: tuvo caridad;
(Notando la ausencia de Rosa y como reponiéndose)
pues si aquí hubiera seguido,
juro que hubiera perdido
mi fuerza de voluntad.
¡Es tan dulce, tan hermosa!
¡la quiero tanto, Dios mío!
Mas sin duda desvarío...
¡Me ha sido infiel y es mi esposa!
(Reconcentrado)
Infiel ella, ¡á mí, imposible! (Dudoso)
¡Ah! ¡qué espantoso martirio!
si este dudar es delirio...
pero es un delirio... ¡horrible!
¡Y lloraba!... y me decía
llena de inmensa aflicción:
¿Qué has hecho de mi ilusión
que en un Dios te convertía?
Y acaso es una verdad...
de mi altivez me arrepiento;
mas, tal enternecimiento (Recobrándose)
fuera en mí debilidad.
Su silencio la condena, (Con resolución)
no es posible que ya la ame;
pero siendo ella la infame (Pesaroso)
¿por qué pago yo la pena?
Me exaspera la tardanza
(Con impaciencia y exaltación)
de mi suegro. ¡Maldición!
le he de herir sin compasión,
pues tengo sed de venganza.

ESCENA IV

JULIO y D. ANTONIO

D. ANT. Ya estoy de vuelta, á saber
(Entrando por el foro)

por qué nos ha despedido.

JULIO. ¿Quiere usted explicaciones?

D. ANT. Seriamente las exijo.

JULIO. Pues siga usted la costumbre;
envíeme sus padrinos.

D. ANT. ¡Un nuevo insulto! Está bien:
de gran calma necesito
para tratar este asunto.

JULIO. Y yo, de más para oirlo.

D. ANT. Por mi hija, solamente,
á estos sonrojos me humillo.

JULIO. Concluyamos de una vez;
porque raya en desatino
prolongar esta entrevista.

D. ANT. Pues bien; ya hemos concluído.
Conste que puse los medios
para evitar el conflicto.

JULIO. Para evitar ciertas cosas
nunca hay bastantes motivos.

D. ANT. Sí; cuando media una hija;
cuando el lance es producido
por un fatal incidente...

JULIO. A mi entender, señor mío,
tal recuerdo, y en tal caso,
no revela mucho tino...

D. ANT. ¡Otra ofensa!

JULIO. Si usted quiere
que lo sea...

D. ANT. A mi juicio,
ultrajar al que no ultraja
no es un rasgo de heroísmo...

JULIO. Acabemos.

D. ANT. Sí, acabemos.
Ante todo, aquí he venido
para probar que la carta...

JULIO. ¡No prosiga usted, por Cristo!
ese recuerdo exacerba
mi furor...

D. ANT. Mas ya termino.
Puedo probar en el acto,

si usted quiere, con testigos,
que este disgusto se debe
á torpeza ó á descuido;
pero nunca á un mal propósito
ni de mi mujer, ni mío.

JULIO. ¿Quiere usted desorientarme?

D. ANT. Quiero probar lo que he dicho.
Venga usted. (Se dirige al foro)

JULIO. ¿Es que pretende (Sin seguirle)
eludir el desafío?

D. ANT. Pretendo sólo quedar
como cumple á un hombre digno
Venga usted, porque la prueba
ha de ser sin perjuicio
de la cuenta que hay pendiente
entre los dos.

JULIO. Convenido.
(Ambos salen por el foro)

ESCENA V

ROSA

Por la izquierda, de puntillas, y dirigiéndose al foro. Al llegar á la puerta se detiene y escucha. Después se vuelve, avanza hacia el proscenio, y dice:

Ya se han ido... ¡Si mi padre
realizara su deseo
de probar nuestra inocencia!
Pero, no; Julio es muy terco
y, además, desconfiado.
Es verdad que tal enredo
quitaría la confianza
á cualquiera, lo confieso.
¡Cuánta apariencia engañosa!
¡Qué trastorno! ¡Qué tormento! (Pausa)
Y aunque mi padre consiga
poner en claro los hechos,
¿no ha convenido con Julio
en desafiarse luego?

¿Qué he de hacer para evitarlo?
Mi pobre padre ya es viejo...
y, en todo caso, si vence,
Julio saldrá herido ó muerto.
¡A pesar de su carácter,
es mi marido, y le quiero!
En vano busco una idea (Medita)
que impida el mal que preveo;
pues mi cabeza se ofusca
y sólo á llorar acierto... (Pausa)
¿Qué hacer, Dios mío, qué hacer?
¿A quién pedir un consejo?
Ni puedo salir de casa,
ni en ella lograr mi objeto.
Si saliera... Mas si Julio
se enterara del suceso,
¿qûé conflicto no crearía
la violencia de su genio? (Reflexiona)
Bien que, además del caracter,
le ensoberbece su sexo...
Pero, ¿por qué ha de existir
este dominio indiscreto
del hombre hacia la mujer?
Sin duda se debe á esto
que, ocultamente, nosotras
de dominarle tratemos,
pues que siempre lo prohibido
logra despertar deseos.
Mostráranse á cada uno
sus deberes y derechos,
y no tuvieran lugar
resultados tan funestos.
Mas, basta de reflexiones,
pues con ellas nada obtengo.
¿Saldré á evitar el conflicto?
¿Afrontaré todo el riesgo?
No, no; prefiero quedarme,
por más que así... Pero creo (Escucha)
que alguien viene... ¿Será él?
Que me encuentre en mi aposento.
(Vase por la izquierda.)

ESCENA VI

CARLOS, entrando por el foro

CARLOS. Basta de cartas: prefiero
dar este paso arriesgado,
ya que siempre hay un criado
que se vende por dinero.
Con nuestro encuentro de ayer,
mi tío acaso no crea
que persevero en mi idea,
y esto me puede valer.
Así, pues, resolución
y veré á Rosa... ¿Quién duda
cuando la suerte le ayuda
brindándole una ocasión?
Yo mismo me anunciaré.
¡Rosa! (Llamando)

ESCENA VII

DICHO y ROSA, entrando por la izquierda

ROSA. ¿Quién me llama?
CARLOS. Yo.
ROSA. ¡Carlos! ¿Tú aquí? ¡Vete!
CARLOS. No.
ROSA. Si no te vas, yo me iré.
CARLOS. Te obligaré á que te esperes.
ROSA. ¡Ten piedad!
CARLOS. Yo te la pido.
ROSA. Estás loco...
CARLOS. O decidido.
ROSA. ¡Vete, vete, si me quieres!
CARLOS. Rosa, vengo á despedirme,
y he de hablarte.
ROSA. No te oiré.
CARLOS. Pues aquí me esperaré
hasta que quieras oirme.

ROSA. Y mi marido vendrá...
CARLOS. ¿Qué importa?
ROSA. Por compasión,
no agraves mi situación...
CARLOS Óyeme.
ROSA. Pues, habla ya. (Con despecho)
CARLOS. Mas no quiero verte así;
tranquilízate.
ROSA. No puedo.
CARLOS. Ten ánimo.
ROSA. Tendré miedo
mientras te encuentres aquí.
CARLOS. Poco te molestaré
aquí ni fuera, que estoy
decidido á salir hoy
para Francia, en el *express*.
Tu matrimonio ha concluído
con la paz de mi existencia,
y voy á ver si es la ausencia
precursora del olvido.
Pero, ¡qué he dicho! ¿Olvidarte?
Nunca te podré olvidar,
porque, Rosa, á mi pesar
sólo vivo para amarte.
Y este amor surgió hace un año,
y se aumentó á mi despecho,
cuando dió entrada tu pecho
al cariño de un extraño.
¡Inesperada elección,
que ha traído en pos de sí,
la desgracia para mí,
para ti la perdición!
ROSA. Calla, Carlos... Soy casada,
y no puedo consentirte...
CARLOS Ni yo dejar de decirte
que eres también desgraciada;
que Julio con su dureza
te hace infeliz.
ROSA. ¡No por Dios!
CARLOS. Estamos solos los dos,

y he de hablarte con franqueza.

ROSA. Pues bien; si no soy dichosa
es porque tú lo has querido;
no culpes á mi marido,
cúlpate tú mismo.

CARLOS. ¡Rosa!

ROSA. Sí; que le has puesto furioso.

CARLOS. ¿Le autoriza eso á ofender
con dudas á su mujer?

ROSA. Repara en que está celoso.

CARLOS. No es bastante esa razón.

ROSA. Tu insistencia es importuna. (Con disgusto)

CARLOS. Quiero una vez, sólo una, (Con firmeza)
desahogar mi corazón.
Más que el amor, la inocencia
se encargó de darte esposo...

ROSA. ¡Basta!

CARLOS. No basta; es forzoso
que me escuches.

ROSA. (¡Qué imprudencia!) (Aparte)
Le quiero cada vez más. (Alto)

CARLOS. Sí; le quieres todavía,
pero al fin llegará un día
en que le odies.

ROSA. ¡Jamás!

CARLOS. ¡Pobre Rosa! La pasión
te oculta, compadecida,
lo que influye en nuestra vida
una mala educación.

ROSA. Julio no la tiene...

CARLOS. Sí:
Julio está mal educado,
y llegará á verse odiado,
recuérdalo, hasta de ti.
Una y otra inconveniencia
ponen término al cariño;
que el corazón siempre es niño
y tiene poca paciencia.
Sin desmayar en tu empeño,
sufres ahora y sufrirás

un año y otro quizás,
como se sufre un mal sueño.
Pero al cabo, convencida
de que tanta abnegación
ni tiene compensación,
ni es acaso comprendida,
cederás por ley forzosa,
á la voz del egoísmo,
y desde aquel punto mismo
odiarás á Julio, Rosa.

(Esta preocupada niega débilmente con el gesto)

Por todo lo expuesto ves
que si me halagó el intento
de frustrar tu casamiento,
no fué sólo en mi interés;
fué también porque quería
evitar tu perdición.

ROSA. Hay gran exageración

(Tratando de aparecer tranquila)

en lo que has dicho, á fe mía.
Que Julio tiene defectos,
es una cosa evidente;
pero, desgraciadamente,
los demás: ¿somos perfectos?
Esto sin tener en cuenta
que, á mi ver, en caso tal,
el tiempo corrige el mal..

CARLOS. Sí, le corrige... ó le aumenta.

(Rosa presta atención; se muestra sobresaltada y se dirige al fondo. Después vuelve y dice á Carlos, angustiosamente:)

ROSA. Escóndete con presteza.

(Con creciente agitación)

¡Mi marido!... ¡Por aquí!

(Empujando á Carlos hacia la derecha)

CARLOS. ¡Yo esconderme! (Sin moverse y con dignidad)

ROSA. Hazlo por mí. (Suplicante)

(Carlos se resiste, pero tras breve pausa cede á la presión de Rosa, y dice apenado:)

CARLOS. ¡Por ti hago esta bajeza!

(Sale despacio por la derecha)

ESCENA VIII

ROSA y JULIO

Este último entra por el foro y corre á estrechar á Rosa, diciéndole suplicante:

JULIO. ¡Perdón! ¡Perdón, Rosa mía!
ROSA. Pero... (Aturdida)
JULIO. Sí, perdón te pido...
ya sé todo lo ocurrido.
ROSA. ¡Ah! (Comprendiendo)
JULIO. ¡Qué grande es mi alegría!
(Con regocijo)
¿Fué posible que dudara
(Separando suavemente á Rosa y contemplándola)
de este ángel? Lo fué, sí:
perdóname, te ofendí...
¿qué extraño es que esto pasara?
¡Mis dudas, Rosa, á los dos
nos causaron mil tormentos,
pero en la vida hay momentos
que hacen dudar aun de Dios!
Los que amen comprenderán
que tan loco me volviera,
pues quitarme tu amor, era
quitarle á un hambriento el pan.
(Deteniéndose de repente y tomando una mano de Rosa y mirándola con fijeza)
Mas ¿qué es esto? Estás helada
y me miras con espanto.
¿Te causo horror? ¿Me odias tanto?
ROSA. (¡Dios mío!) (Aparte)
JULIO. ¿No dices nada? (Con inquietud)
¿Pudiera mi irreflexión (Con ternura)
hija de mi amor imenso
extinguir el fuego intenso
de tu hermoso corazón?
ROSA. ¡Nunca: tal duda desecha! (Con precipitación)

JULIO. Me perdonas, ¿verdad?
ROSA. Sí.
JULIO. ¡Qué sí tan bajo!... ¡ay de mí! (Receloso)
¿Es que aun no estás satisfecha?
Respóndeme sin demora
(Cada vez más inquieto)
y con eco más valiente:
el que habla aquello que siente
lo habla con voz muy sonora.
ROSA. (Me va á vender mi temblor. (Aparte, agitada)
¿Cómo hacer que Carlos huya?
¡Qué imprudencia fué la suya!
¡Cielos! ¡prestadme valor!)
JULIO. ¡Oh! ya comprender no puedo
(Aparte: observando atentamente á Rosa)
su rara perplejidad.
¡Si eso ya no es dignidad!
¡Si más bien parece miedo!
Esa actitud tan extraña, (Con dolor)
por mi fe que no se ajusta
á una conciencia muy justa;
ó me aborrece ó me engaña.

ESCENA IX

Dichos y PLÁCIDA, por el foro

PLÁC. Ya estoy otra vez aquí, (Dirigiéndose á Julio)
pues tanto me lo has rogado.
JULIO. Apártate de mi lado. (Rechazándola)
PLÁC. ¿Qué hay ahora de nuevo? Di.
JULIO. ¡Que tengo de saber hoy
(Encarándose con ella y con voz amenazadora)
la verdad, ó podré poco!
PLÁC. Pero, señor, ¿está loco? (Aparte)
¿ó soy yo, la que lo estoy?
(Julio acercándose más á Rosa le dice, con voz reconcentrada:)
JULIO. Respóndeme con firmeza
y no bajes la mirada;

que en ella hallaré probada
tu culpa ó mi ligereza. (Con solemnidad)
¿Juras por tu salvación,
que me has sido fiel?

ROSA. Lo juro. (Con resolución)

JULIO. ¿Pues por qué, di, siendo puro,
(Poniendo una de sus manos sobre el pecho de Rosa)
late así tu corazón?
(Rosa permanece en silencio y sin mirar á Julio: éste continúa observándola, y añade:)
¿Por qué se bajan tus ojos?
(Tomando entre sus manos una de su esposa y después de una pausa, dice:)
¿Por qué tu pecho se para?
¿por qué aparece en tu cara
todo un mundo de sonrojos?
(Pausa prolongada)

PLÁC. (Si ella supiera vivir, (Aparte)
ya se hubiera desmayado,
y á él le hubiéramos domado
poco á poco; sin sentir.)

CARLOS. (¡Basta! que más hiel no apuro
(Apareciendo por la derecha, colérico)
porque me ahoga el despecho.)
(Viéndola la primera dice aparte y con espanto)

PLÁC. (¡Ahora sí que la hemos hecho,
se hunde Troya de seguro!)

ESCENA X

DICHOS y CARLOS

Este último adelántase hacia Julio, que estará de espaldas, y dice con acento despreciativo:

CARLOS. Basta, ya!

JULIO. ¡Por Lucifer!
(Volviéndose con la rapidez de un rayo) (Sorpresa general)

CARLOS. Oiga... (Con insolencia)

JULIO. Palabras suprima. (Con brevedad)

CARLOS. Esa mujer es mi prima. (Por Rosa)

JULIO. Esa infame... ¡Es mi mujer! (Por Rosa)
Y pues que usted ha querido
los hechos justificar: (Marcando las palabras)
mis cuentas voy á saldar.
CARLOS. Para lo propio he salido.
Vamos.
(Haciendo ademán de salir por el foro y dirigiéndose á Julio)
JULIO. Puede usted quedarse (Con calma)
aquí, si batirse piensa:
que aquí se infirió la ofensa,
y aquí debe repararse.
CARLOS. ¿Ante ella? (Por Rosa)
JULIO. Sí, no hay cuidado; (Con frialdad)
que esté aquí es muy natural;
pues ella ha sembrado el mal,
que coseche el resultado.
ROSA. En nombre de Dios, y en nombre
de nuestro amor... (Suplicante á Julio)
JULIO. (A Rosa con furor) ¡Imprudente!
PLÁC. (¡Qué mujer tan inocente! (Por Rosa)
¡Para fiestas está el hombre!)
JULIO. Vaya: ¡En guardia!
(A Carlos con sequedad. Le da una pistola y él toma otra)
PLÁC. (¡Esto es terrible! (Aparte)
Si se hubiera desmayado
todo se hubiera arreglado;
y no que ya, es imposible.
Me ocurre una salvación.
(Dirigiéndose con cautela hacia el foro)
Si me sienten, me divierto.
Que Dios me dé buen acierto
ya que es buena mi intención.) (Sale)

ESCENA XI

DICHOS menos PLÁCIDA

Julio, preparándose á tirar, pregunta á Carlos:

JULIO. ¿Estamos ya? (Con solemnidad)
CARLOS. Una advertencia.

Como puede suceder
que sucumba, es mi deber
jurar antes, su inocencia. (Por Rosa)

JULIO. ¿Piensa que su juramento
para mí es de algún valor?

CARLOS. Es que juro por mi honor.

JULIO. Honor raro, que lamento.
¡Honor! ¡fantástica idea!
comodín del hombre, cosa
que si conviene se endiosa,
y si no, se pisotea.
Si se abusa del candor,
si se ultraja la inocencia
y se mancha la conciencia,
¿qué se entiende por honor?

CARLOS. Ni del candor he abusado,
ni la inocencia ultrajé,
ni mi conciencia manché,
ni el honor he falseado.
A mis gustos ó pasiones
nunca el decoro amoldé;
á él mis actos ajusté
en todas las ocasiones.
Amé con alma sencilla,
supe respetar lo ajeno:
por eso muestro sereno
este rostro sin mancilla.
Me condena la apariencia:
mas suspenda usted enojos
y mire bien en mis ojos
el fondo de mi conciencia.
Míreme con atención,
observe á su voluntad,
y diga si la maldad
anida en mi corazón.
Parto de España, y de Rosa
despedirme pretendí;
para hacerlo vine aquí...

JULIO. ¿Pensará usted que me engaña?
¿Quizás con su ardid pretende

librarse de mí?

CARLOS. ¡Insensato! (Con indignación)
¡Máteme usted ó le mato!

JULIO. Mucho mi duda le ofende.

CARLOS. Y la haré pagar muy cara. (Con ira)

JULIO. A verlo, á verlo enseguida. (Furioso)

ROSA. ¡Antes, perderé la vida!
(Interponiéndose entre los dos)
(Suena en la pieza inmediata mucho ruido y los tres quedan en actitud de escuchar)

JULIO. ¿Quién promueve esa algazara?

ESCENA XII

LOS MISMOS y PLÁCIDA

PLÁC. Por Dios, señores, prudencia
(Por el foro, agitada, dice dirigiéndose á Julio y á Carlos:)
que viene la autoridad.

JULIO. ¡Maldita contrariedad!
(Ambos ocultan las pistolas)

PLÁC. (Gracias á mi diligencia.) (Aparte)
(Rosa, que desde momentos antes ha ido afectándose visiblemente, lanza un gemido y vacila)

ROSA. ¡Ay!
(Va á caer desmayada, pero Plácida la sostiene diciendo á la vez:)

PLÁC. Se desmayó, ¡qué paso!
Tal desmayo, á lo que veo, (Aparte)
quiere imitar al correo
porque llega con retraso.

JULIO. Nuestra venganza aplacemos (A Carlos)
hasta luego.

CARLOS. Es conveniente.

JULIO. Alejemos á esa gente.
(Dirigiéndose al foro y por la autoridad)

CARLOS. Y entonces. .

JULIO. Nos batiremos. (Sombrío)
(Salen ambos)

ESCENA XIII

PLÁCIDA y ROSA

PLÁC. ¡Ay! señor, yo que pensaba
(Sin dejar de sostener á Rosa)
ser feliz... ¡qué desengaño!
¡Este Julio es tan violento..
y todo se ha rodeado
para agriar más su carácter.
Mi primita, lo declaro:
no sirve para tal hombre;
si fuera yo... ¡vamos, vamos!
con tres pases de muleta...
le mareo y después hago
aquello que se me antoje.
Hay que entender á estos bravos,
decirles siempre que sí,
tributarles cien halagos:
no lloriquear por nada,
aprobar todos sus actos,
y así, sin que ellos lo sepan,
se convierten en esclavos.
(Aproximando su cara á la de Rosa y con interés)
¡Pobre niña! Me figuro
que dura mucho el desmayo.
Pero ya vuelve: ¡Rosita,
hija, si estoy yo á tu lado!
ROSA. (Al recobrar el conocimiento, dice angustiada)
¡Julio! ¡Julio!
PLÁC. Tranquilízate
que Julio está bueno y sano.
ROSA. ¡Quiero verle, quiero verle!
PLÁC. Se acerca; ¿no oyes los pasos?

ESCENA XIV

DICHAS. JULIO y CARLOS por el foro

CARLOS. Piénselo usted y comprenda
que es atropellar por todo,

batirse aquí sin testigos,
sin un lugar á propósito,
ante dos pobres mujeres.

JULIO. Si prosigue usted, le azoto
las mejillas.

CARLOS. ¡Miserable!
Aunque de furor me ahogo,
le haré la última advertencia:
el mundo verá en nosotros,
más bien dicho, en el que triunfe
un asesino.

JULIO. Mi enojo
me hará serlo si usted sigue.

CARLOS. En guardia y tíreme pronto.

(Julio hace la puntería y levanta el gatillo diciendo á la par:)

JULIO. ¡Muere, vil!

(Debido á la agitación de Julio, la puntería ha sido mala y Carlos queda ileso)

CARLOS. Ha errado el tiro.

JULIO. (Con acento reconcentrado y con furor dice:)
Máteme al punto, ó ignoro
si lograré contenerme.

(Carlos apunta cuidadosamente y dice con horrible calma:)

CARLOS. ¡Muere, pues!

(Rosa, que durante toda la escena habrá permanecido inmóvil, se abalanza á Carlos y grita con un acento supremo:)

ROSA. ¡¡No, que es mi esposo!!

(Apunta á Carlos y le tira, añadiendo con voz poderosa:)

Tú eres quien vas á morir.
¡Mi Julio no, que le adoro!

(Un movimiento de Carlos evita el tiro. A la vez, Julio se arroja en los brazos de Rosa, la estrecha con arrebato y exclama con alegría:)

JULIO. ¡Me ama! ¡Me ama!

ROSA. Sí, te amo!
(Con creciente exaltación)
y te amo con amor loco;
más que á mi vida, á mis padres,
á mi alma y más que á todo.
Para probar este amor

pide, manda sin rebozo,
ni me importan sacrificios
ni me detendrán escollos
porque este amor, Julio mío,
es, como Dios, poderoso.
Basta de reserva torpe
que pierde á los matrimonios,
pues les hace reprimir
sus impulsos cariñosos.
Las diferencias creadas
á causa del amor propio,
te juro que en adelante
no han de existir en nosotros.
Aun no es tiempo de igualarnos
sin causar grandes trastornos;
si frívolas no adquirimos
saber, discreción y aplomo;
que el mal tiene hondas raíces
que hay que secar poco á poco.

ESCENA XV

LOS MISMOS. D. ANTONIO Y D.ª DOLORES

D. Antonio y D.ª Dolores quedan parados en la puerta del foro dando vivas señales de sorpresa é inquietud

D.ª Dol. ¡Qué es esto! (Aparte)
D. Ant. ¡Carlos aquí! (Aparte)
(Dirigiéndose á Carlos y con cólera)
¿Qué pretende tu imprudencia?
Julio. Tranquilícense, señores:
(Separándose de Rosa y con acento mediador á D. Antonio y D.ª Dolores)
no hay que temer.
D.ª Dol. Dios lo quiera. (Aparte)
Julio. Hemos sido dos imbéciles;
(Por Carlos y por él)
y hemos hecho cien simplezas.
Él por su amor insensato,
yo, por mi loca violencia.

De hoy más prometo ser otro
y perdono sus torpezas, (Por Carlos)
ya que mi esposa perdona
mis repetidas ofensas.
Me perdonas ¿verdad?
(Acercándose á Rosa y con ternura)

ROSA. Sí, (Afectada)
adoptemos vida nueva.

JULIO. Sí, adoptémosla; te juro
no fiar nunca de apariencias,
ni volver á atormentarte
con infundadas sospechas.
Reprimiré mi carácter,
emplearé todas mis fuerzas
en educarme de nuevo,
en sanear mis ideas;
haré que de mi cerebro
no se aparte la creencia
de que el hombre y la mujer
los crió naturaleza
tan igualmente precisos
que uno sin otra, no fuera,
y así que entre ambos no exista
esa injusta diferencia
de superior é inferior,
que tanto mal acarrea.

ROSA. ¡Qué felicidad tan grande!
(Con emoción, tomando una mano de Julio, y estrechándola)

JULIO. ¡Ya mi dicha es verdadera!

CARLOS. Julio, aunque usted perdonaba
(Se adelanta y dice noblemente á Julio:)
mis locuras, había cuentas
que ajustar entre nosotros;
mas, con sus nobles promesas,
las cuentas quedan saldadas.
Adiós pues: que el tren me espera.
(Sale por el foro: todos le contemplan)

ESCENA FINAL

TODOS menos CARLOS

PLÁC. ¡Dios le dé muy buena suerte (Aparte)
y de su mano le tenga,
para que por esta casa
mientras que viva no vuelva.
¿Descansaremos al fin?
¡Aun temo que no suceda!

JULIO. Venid, padres, Rosa, Plácida, (Á los demás)
venid todos... más... más cerca; (Obedecen)
sellemos con un abrazo
nuestra paz... (Se abrazan)

PLÁC. ¡No será eterna! (Aparte)
Y si no, al tiempo... á mí ya
no me engañas ¡buena pieza! (Por Julio)

JULIO. El egoísmo del hombre
(Avanzando hacia el proscenio; al público:)
trae consigo su soberbia,
y esta es semilla que brota
envenenando la tierra.
Para lograr arrancarla,
trabajemos con firmeza;
ó si no, recogeremos
de tal siembra, tal cosecha.

FIN



PRECIO: 2 PESETAS